

ZAHORA

Revista
de Tradiciones
Populares

Número 36



LETUR

Vidas y Vivencias

Anneliese Grasteiner



Zahora nº 36

LETUR
Vidas y Vivencias

Anneliese Grasreiner

Zahora. Revista de Tradiciones Populares, nº 36

Director

José García Lanciano

Colabora

Julián Ángel García Rivas

Coordinador de la Universidad Popular de Letur

Fotografías

Anneliese Grasreiner

Página 12: Forti

Páginas 3, 47 y 87: Archivo fotográfico del Instituto de Estudios Albacetenses “Don Juan Manuel”
Fondo cubierta: “El Cortijo de La Longuera”, dibujo de Cristina Muñoz

Diseño y Maquetación

Servicio de Publicaciones

Diputación Provincial de Albacete

Dep. Legal: AB-78-1993 Nueva Época

ISSN: 1132-7030

Imprime

Servicio de Publicaciones. Diputación Provincial de Albacete

Sumario

Presentación	•	Página 9
Introducción	•	Página 11
El “Nochebueno”: El Tocón de Navidad	•	Página 15
El burro	•	Página 19
La hornera	•	Página 23
El barquero del Almazarán	•	Página 27
La casa de Remedios en Las Casas	•	Página 31
El horno de pan	•	Página 41
Los pineros	•	Página 45
Relatos al calor de la lumbre	•	Página 49
Gitanos	•	Página 57
Vida en un cortijo a medias	•	Página 63
El maestro itinerante	•	Página 69
La Madalena	•	Página 79
Los cárabos	•	Página 81
Cómo perdí mi inocencia	•	Página 83

PRESENTACIÓN

Conozco a Anelís desde hace algunos años. Sabía del esfuerzo que estaba realizando, y de la riqueza que contenían sus trabajos. Hace tiempo que Anelís venía acariciando la idea de poder publicarlos. Como bien dice ella “esto no es para que se quede en un cajón”. De hecho Anelís lega al Ayuntamiento el conjunto de la obra realizada; entiende ella que ésta le pertenece al pueblo de Letur. Para dar una idea de la magnitud de esta obra indicaré que lo aquí publicado no alcanza más de un 10% de la totalidad de su esfuerzo.

Suelo decir que, lo mismo a nivel individual o familiar y en este caso a nivel pueblo, determinadas circunstancias son un lujo. En mi opinión tener a Anelís como vecina de Letur, es uno de estos lujos.

Hay que pensar que gracias a ella se van a conservar tradiciones, modos de vida, costumbres, oficios, tareas, afanes, que de otra manera habrían desaparecido junto con sus protagonistas; Anelís está haciendo posible que lo hereden las generaciones futuras y que puedan conocer la forma de vida de sus antepasados. No se trata de que los tiempos pasados fueran mejores o peores “cada época tiene su afán”: fueron lo que fueron. Se trata de rescatarlos para que se conozcan. Dentro

de unos años e incluso ahora mismo, los más jóvenes leerán estos relatos a través de los cuales descubrirán como vivían sus antepasados próximos y aún así ¡tan lejos de nuestras costumbres!. Cuando vean que aquellas gentes, sus gentes, eran capaces de vivir de sus manos, de ser autosuficientes; que un pueblo como Letur, bastante aislado, produjese lo necesario para cubrir las necesidades de una vida, naturalmente austera, ¡qué maravilla!.

Al presentar esta publicación, me ha correspondido el honor, de agradecer en nombre del Municipio de Letur, a Anelís “la Alemana” y a todas y todos los que con la aportación de sus experiencias y conocimientos han hecho posible este legado. Sirva ésta como homenaje a estas personas y de recuerdo entrañable para quienes ya nos han dejado.

Con el agradecimiento a la Diputación Provincial de Albacete por haber seleccionado este trabajo para su publicación en una revista de tan alta calidad como es Zahora.

Es nuestra intención seguir publicando estos estudios hasta completar el conjunto de la obra.

Un saludo

Juan José Leralta Jiménez
Alcalde de Letur

INTRODUCCIÓN

Quizás se preguntarán algunos lectores, cómo una extranjera llega a hacer un reportaje sobre la vida de un pueblo español. Por cierto, al venir a vivir aquí a Letur, hace unos doce años, no ha sido mi propósito hacer un estudio etnológico; solamente buscaba para mis años de jubilada un lugar tranquilo y natural, favorable para la salud del cuerpo y del alma.

Había dejado atrás varias etapas de mi vida: estudios universitarios, vida de pareja y de familia, durante ocho años, con mi familia, la experiencia de vida en España, en Barcelona; luego a partir de 1970, como viuda, la responsabilidad de la educación de mis tres hijos, con casa y jardín en Friburgo, Alemania del Sur, también una etapa de profesora de alemán para jóvenes estudiantes extranjeros. Todo muy bien en su momento.

Pero vino el momento que era evidente que había de cambiar, y esto era una oportunidad para ir a buscar lo que realmente yo deseaba. Y así encontré Letur.

Eso de sentirse a gusto en un sitio más que en otros, tal vez no tiene explicación.

Pero fue así. Claro que en este pueblo donde todos son como una familia, nadie me conocía. Pero fui bien recibida, me sentía como adoptada.

Entonces, mis ojos de extranjera se maravillaron con lo que vieron; y mi corazón acostumbrado al anonimato y a la prisa de la vida moderna se alegró del calor humano repartido gratis. Parecía una maravilla. Encantada de la facilidad de los contactos de intercambios, me acercaba a la gente con curiosidad y admiración por todo lo artesanal, lo antiguo, lo sencillo y verdadero. Y ellos, con buenas ganas me lo explicaban todo; no se cansaban de mis preguntas insistentes.

Así, poco a poco se iba acumulando una documentación escrita y fotográfica que no se podía dejar almacenada en un cajón sin utilidad para nadie. Este trabajo, para mí, es una muestra de agradecimiento al pueblo.

En realidad el tema escogido “Vidas y Vivencias” es solamente una pequeña parte, pero espero que guste y que refleje un poco aquellos tiempos ya pasados, pero tan vivos en la memoria de los mayores. Que



Anelis la alemana, en el centro. Abril de 2001. Foto de Forti

eran tiempos a veces durísimos, pero los afrontaron con un admirable espíritu de fraternidad, de ayuda mutua, de buen humor y alegría. Eran vidas muy cortas en recursos materiales, pero muy ricas en genio e improvisación, vidas activas donde no cabía el aburrimiento. ¡Ojalá pudiéramos en nuestros días rescatar algo de estos valores ya en peligro de extinción!

Esta revista es obra de muchos; todas las personas entrevistadas han dado su tiempo y su paciencia para contar sus vidas y explicar como se hacían las cosas. Les agradezco a todos y todas de todo corazón. El trabajo en

común nos ha hecho amigos.

Los relatos son, cada uno, el resultado de varios diálogos o entrevistas de la Alemana con sus interlocutores. No usaba el casete, que no me facilita el trabajo de elaboración, y sobre todo puede resultar un obstáculo entre las personas que se están comunicando vivamente cara a cara. Luego, en casa, venía la tarea de juntar las piezas del puzzle para que formen un solo texto coherente, eliminando mis preguntas que solamente tenían la función de sacar a la luz lo que tiene que decir la persona que está enfrente.

La otra cara de mis limitaciones lingüísticas es, a mi parecer, la ventaja de que estos relatos no están transformados ni comentados. Las personas entrevistadas nos

relatan sus vivencias y sus emociones en su propio lenguaje. Las recibimos de primera mano, y así nos permiten una participación más auténtica y más íntima.

Letur, marzo de 2001

Anelís “la Alemana”



EL “NOCHEBUENO”: EL TOCÓN DE NAVIDAD

Ese tocón gordo en la foto que no da mucha llama, no lo puse para guisar el caldo de pollo, sino en recuerdo de mi padre que lo hacía así todas las Navidades. Siempre me acuerdo de él y procuro tener uno por Navidad.

Voy a explicar esta tradición.

En las aldeas se tenía la costumbre de para la Nochebuena poner un tocón muy gordo en la lumbre para calentarse toda la familia mientras cenaban, y para que siguiera ardiendo toda la noche.



El Tocón de Navidad en el humero de Práxedes

Porque, en esta noche pasaban muchos vecinos pidiendo los “aguilandos” (aguilaldos), cantando villancicos, y encontraban el fuego encendido, la casa caliente, con la gente que se había quedado en casa esperándolos, y allí pasaban un rato. Llevaban guitarras, zambombas, panderetas y su bota de mistela. Y como en esa época la matanza estaba recién hecha, se colgaban ristras de chorizos al cuello, y a la lumbrera de la casa las asaban. Los de la casa sacaban los dulces que habían hecho y vino, y entre todos lo pasaban bomba, bailando y cantando.



Cuando venían las tormentas de verano y los granizales terribles, ponían el tocón en la calle con la parte quemada derecha a la tormenta para que se fuese a descargar la granizada a la montaña y no en la vega.



Luego, lo que quedaba, lo echaban en las canastillas y se lo llevaban.

Pero, si había habido algún difunto en esa familia, como se conocían todos, lo sabían, y entonces, al llegar a la puerta, preguntaban: “¿se canta o se reza?”. Si el familiar había muerto recientemente, contestaban: “Se reza”, y entraban y rezaban.

Cuando llegaban a una casa que había tenido una desgracia y por eso no habían hecho dulces, pasaban allí también un rato, dejándoles lo que llevaban en el canastillo.

Toda la noche iban así de casa en casa hasta que amanecía, algunos desde las Tobillas hasta el Molino de Papel, y otros con otro recorrido. En todo el valle se oían las zambombas.

Volvemos a lo del tocón:

Lo que había quedado sin quemar en la Nochebuena, lo apagaban y lo guardaban aparte de la otra leña para no quemarlo.

Cuando venían las tormentas de verano y los granizales terribles, ponían el tocón en la calle con la parte quemada derecha a la tormenta para que se fuese a descargar la granizada a la montaña y no en la vega, para que no estropeará la cosecha. Los hombres eran los que se encargaban de sacar el tocón, mientras las mujeres tiraban puñados de sal a la calle diciendo la oración siguiente:

*Santa Bárbara bendita
que en el cielo está escrita
con papel y agua bendita,
los moros en la peña,
nosotros en la cruz,
Padre nuestro y amén, ¡Jesús!*

Creo que lo hacían porque era el único consuelo al sentirse tan impotentes ante ese fenómeno que quitaba el trabajo del año y la comida. Se quitaba el arroz, se quitaba



Pidiendo el aguinaldo

el trigo, la hortaliza y los frutales. Los labradores seguían esa costumbre seguramente porque creían que servía para algo. Yo recuerdo unas veces que vino el cielo como noche, el granizo cayendo, que se partía la nube y se iba a la montaña a descargar. Pero no siempre era así.

Para que nunca falte un tocón en casa para la Nochebuena, la gente iba a las ramblas y los barrancos cuando había pasado una crecida, porque a veces el agua había arrancado los tocones de los pinos cortados, o el viento había arrancado el árbol entero. Entonces aprovechaban los tocones,

que para ello no se necesitaba permiso. Los hombres los arrastraban con las vacas a su casa, rambla abajo y camino arriba.

De las tormentas hay una anécdota que habla del sacerdote Don Pedro, tío de Don Joaquín, de la familia de los dueños de La Longuera. Un labrador le dijo un día: “*Usted, Don Pedro, ¿no podría traer, cuando venga a La Longuera, una botella de agua bendita, para echar cuando llegase la tormenta?*” Y el sacerdote contestó: “*¿Qué? ¿agua bendita? - ¡cohetes! ¡cohetes!*”

El hombre no esperaba aquello, esperaba un consuelo para su desesperación, porque el uso de los cohetes entonces ya estaba prohibido. Entre los labradores, ese diálogo con el sacerdote se repetía como un chiste, aunque no les hacía ninguna gracia. Hubieran preferido el agua bendita. Pero se veía que el sacerdote mismo no creía tanto en el milagro del agua bendita.

Existían cohetes especiales para espantar la tormenta. Pesaban cerca de medio kilo y para tenerlos y usarlos había que pedir un permiso. En El Almazarán se reunían los vecinos y acordaban comprar diez o quince cohetes. Lo que costaban, lo dividían entre ellos. Tenían un puesto de unos tres metros de altura con dos púas haciendo horquilla, allí ponían el cohete, cuando la tormenta empezaba a descargar. Con otra caña igual de larga, con una mecha le daban fuego al cohete. Este se subía a la nube y al explotar partía la nube. Daba miedo de ver las nubes partiéndose dando

remolinos. Pero entonces la nube daba la voltereta y se maliciaba, y descargaba en el cortijo siguiente haciéndole más daño que si lo hubiesen dejado. Por eso, los del Almazarán no querían que los de La Longuera tirasen cohetes, y viceversa. Las

protestas de los vecinos llevaron al acuerdo de prohibirlo en todos los cortijos.

No quedó entonces otro remedio que los métodos ancestrales, el tocón de Nochebuena, o la sal, o las tenazas tiradas a la calle en forma de cruz...

Letur, febrero de 1998

Práxedes



EL BURRO

En mi casa en Los Pradillos siempre hemos tenido burro. Decíamos que el burro era como uno de la familia.

Teníamos un burro que se llamaba Libertado. Era de estatura pequeña pero muy grande en servicio. Lo compraron mis padres de pollino cuando se casaron, porque un burro era imprescindible. Tenía la misma edad que mi hermano mayor y se criaba a la vez que nosotros. Ya era muy anciano, porque el burro a los veinte años es como una persona de setenta.

Mi padre quería venderlo, porque nosotros eramos ya mayores y mis hermanos trabajaban con mi padre en el campo, por eso se necesitaban más bestias fuertes. Pero mi madre, sabiendo que todos lo queríamos mucho, dijo: *“No lo vendas al burro. Como tenemos muchas gallinas, quito unas cuantas y la cebada que se han de comer esas gallinas la echamos al burro. Y así queda con nosotros como un abuelo a cuidar.”*

Cuando miro la foto vieja que tenemos con El Libertado, todavía me emociono de recordar mi infancia.

Ahora, cuarenta años después, tenemos otro burro, que se llama Macario, al que le tenemos un cariño parecido. El otro día vino un conocido y dijo que si habíamos ya vendido el burro, que mi marido había dicho que lo quería vender. Yo me sorprendí y le dije: *“Antes se va mi marido de la casa que mi burro. El burro me ayuda más, hace todo lo que le mando sin rechistar, se come todo lo que le echo sin protestar...”* y nos reímos.

Ya no tenemos necesidad de burro para trabajar, pero ha sido tan importante este animal para la vida en el pueblo que lo queremos conservar por amor y agradecimiento al burro.

En el pueblo nuestro Macario es uno de los últimos que quedan. Se ha hecho muy popular. Turistas que lo ven atado en los bancales de cerca del camino, comiendo hierba, lo enseñan a sus niños como una curiosidad, lo piden para hacerse fotografías, hijos del pueblo que vienen de vacaciones lo quieren para darse un paseo en él o llevarles la merienda/comida al campo para pasar el día allí. También lo piden para fiestas como despedir a los solteros,



Macario con su amo el Canuto

subir la novia en las bodas, acompañar las carrozas de la feria... Hoy en día, tener un burro parece más un capricho que una necesidad.

Sin embargo, aún hacemos con él pequeños trabajos que con fuerza animal se hacen mejor que con la máquina: sacar las patatas, o llevar alguna carga por caminos donde no hay carriles. De esta manera, teniendo un burro, se pueden cultivar tierras fértiles pero difíciles de acceso, que si no estarían yermas.

Si el burro es un ayudante infatigable, en cambio también necesita su cuidado.

Los días que tiene que trabajar más fuerte, además de la paja de todos los días se le echa cebada, alfalfa seca y el “verde”. Este es panizo y avena verde.

El maíz para los animales se siembra muy espeso para que salga fino, es comida de verano. La avena se siembra en otoño y se siega verde en invierno y primavera. En aquellos tiempos cuando se trabajaba con animales, se dedicaba una buena parte de la tierra para sembrarles a ellos.

Además de este verde aprovechaban los burros las copas del maíz que se quitaban para que madure mejor la panocha, y

todos los desperdicios de verdura. En su tiempo libre se ata el burro en los bancales que no estén sembrados y en los ribazos, y también en prados, y él solo se coge su comida, y los deja limpios.

Aunque es un animal sufridísimo, también suele tener enfermedades típicas: constipados, “la boca caliente”, escarzo y esparaván. Cuando el burro está enfermo, se le ve triste, luego miramos que le pasa.

- Contra los constipados le damos una camisa de culebrón que guardábamos cuando la encontrábamos por el campo. Se le daba de comer metida en un trozo de pan.

- Si babea y no quiere comer, y tiene la boca más caliente que lo normal, hacemos una mezcla de agua, sal y vinagre, y con un “guisopo” (un trapo atado a un palo) se le lava la boca. El se deja hacer con confianza.

- El escarzo es lo más frecuente que le pasa. Entre la uña y la raya del pelo se inflama la piel hasta que se revienta y echa pus. Cuando se ve que se inflama y el burro empieza a cojear, no se deja que se moje la pata, por ejemplo pasando un arroyo. Se deja cuatro o cinco días sin trabajar. Cuando echa pus, es mejor que ande para que se vaya limpiando la herida. Entonces le echamos zotal, que se compra en la far-

macia, para que no acudan las moscardas a poner sus larvas en la herida.

- Otras heridas son causadas por el roce del apero de trabajar, o por un accidente. Para curarlo antes de que se infecte, se lava con agua de cañamillo, una planta rara en el monte, especie de tomillo, que hay que tener en casa para si se ofrece el caso.

- Cuando el problema que tiene el animal parece ser de la tripa, se le da una infusión de ruda cocida con aceite crudo.

Y si todos estos remedios caseros no funcionaban, había que acudir al veterinario de Socovos o de Elche; había uno por tres o cuatro pueblos. Hoy hay más veterinarios, todos especializados.

Cuando un burro ya no valía para trabajar, se solía vender a los gitanos o marchantes, que lo vendían a un zoo para que lo comieran las fieras.

No quiero pensar lo que pasará con nuestro Macario cuando llegue ese día.

Aunque esté muy distinta la vida del primer burro que teníamos cuando yo era joven, de la vida del que tenemos hoy, son estos dos los que más hemos querido, entre todos los que hemos tenido.

Lo queremos porque lo tenemos, y lo tenemos porque lo queremos.

Letur, 2 de junio de 2000

Práxedes



LA HORNERA

Cuando yo era soltera, en los años cuarenta, había cinco o seis hornos en el pueblo. Había uno en Las Moreras, donde hoy la Caja Castilla-La Mancha, otro en la calle Aire/Cantón, otro el del Chulo, en las Ánimas.

Mi madre tenía el horno muy grande en la Cuesta de Los Lirios, donde ahora la Casa de la Cultura. Era de Don Paco y le pagábamos un alquiler, además de dos libras de pan cada día.

Allí vivíamos también. El horno estaba dentro de nuestra casa, y encima había una cámara que le decían capilla del horno. Se subía por una escalera y se pasaba por dormitorios. En invierno se secaba allí la ropa tendida en unas cuerdas.

En aquellos tiempos se hacían muchas migas, y llevaban el panizo a secar a la capilla. Se secaba extendido en el suelo para llevarlo luego al molino a moler. Allí se estaba muy a gusto y calentico en invierno. El techo estaba bajico y la luz entraba por una teja que se corría. A los mayores les gustaba mucho estar allí; me acuerdo de mi abuelo Pedro sentado allí haciendo pleita. En verano, en cambio, te-

níamos mucho calor donde dormíamos los hijos; los padres tenían su dormitorio abajo. Las cosas de entonces, ¡qué lástima!

En aquellos tiempos se amasaba en todas las casas, que no había panadería. Para una familia de seis u ocho personas se amasaba quizás una vez a la semana; otros amasaban dos veces.

Para que no se secase muy pronto el pan, se metía en la artesa. También mezclaban la harina de trigo con centeno, también con panizo, pero esto porque era más barato, lo hacían los pobres.

El horno de Los Lirios lo tenía ya la madre de mi madre que le decían Jerónima. Durante veinte años mi madre llevó el horno. Yo era la menor de cuatro hermanos, y de soltera le ayudaba a mi madre. Cuando me casé, todavía tenía mi madre el horno y yo seguía ayudándole hasta cuando estaba embarazada.

El horno se calentaba con leña. Los hombres tenían la tarea de ir a buscarla en el monte. Casi todos los días salían a por leña, cogían ramas secas de sabinas y pinos y los traían con el burro. Para ayudar a mi padre con la leña, cuando mis herma-



El horno público de Los Lirios en el año 1990

nos ya estaban casados, iba un chico de unos doce o quince años, se llamaba Ángel, era huérfano y nieto de una pareja pobre que vivía en frente de nosotros. Iba y venía con el burrico cargado de leña. Le dábamos de comer y lo vestíamos, y él estaba a gusto con nosotros.

Se encendía un montón de ramas en el horno, con la puerta abierta hasta que estaba hecho ceniza. Entonces se apartaba la brasa y ceniza y se amontonaba a la izquierda, y se barría muy bien el suelo del horno, con un palo largo con ropa vieja

atada a la punta, y mojada un poco, y ya se podía echar el pan.

Cuando cocíamos mucho, y estaba cocido un horno lleno de panes, había que quemar otras ramas para avivar el horno otra vez, para cocer el pan crudo que traían luego.

Hacíamos panes para la familia y los cocíamos en nuestro horno, y sobre todo cocíamos para clientas. Venían al horno y decían a mi madre: “*Encarnación, id por mi tabla.*”

La que iba a por la tabla era yo. Me iba a la casa donde me habían avisado y me



Francisco con su burra cargada de leña en 1991

ponía la tabla en la cabeza, en una almohadilla, y así la llevaba al horno. En una tabla había ocho o diez panes, más o menos grandes, algunas con panes de dos a tres libras cada uno. Esto pesaba. Lo hacía yo cada día varias veces. Yo no sé como podía con aquello.

El horno se llenaba tres o cuatro veces al día. Iba a buscar tablas hasta en Las Eras, en El Alto, en el barrio de Santiago. A Don Paco y Doña Pepa hacía tres o cuatro viajes de tablas de pan a su casa, más arriba del puente. (Tenían mucha gente a comer;

daban de comer a sus esparteros y a los que cogían la aceituna, etc.)

Cuando ya había llevado las tablas al horno, vigilábamos las horneras, que éramos mi madre y yo, que los panes estuvieran bien crecidos, entonces se podían cocer. Venían las dueñas del pan a echarlo y esperaban que se cociera.

Lo vigilábamos las horneras, y cuando estaba cocido, entonces las clientas lo sacaban, lo ponían en su tabla y me decían: “*Llévame la tabla otra vez a mi casa*”. Y la llevaba.

Era yo una muchacha muy fuerte y alta. Pero cuando la gente está mayor, sale todo. Los médicos dicen que la columna la tengo muy desviada por llevar tanto peso. Esto ha hecho doblarme tanto.

Y ¿cómo nos pagaban nuestro trabajo?. Como entonces no había mucho dinero en las familias, se pagaba el trabajo por una pieza de pan por tabla. Cada una lo que quería dar. Estos panes los vendíamos a gente que no amasaba. Los mejores, claro, los comíamos nosotros.

¡También los dulces y las latas que nos trajeron! En la Navidad no paraban de traer. Nos daban por una lata llena por ejemplo de madalenas, una madalena. Y de las latas con patatas, que se asaban mucho, sin aceite, solamente con sal, en el suelo del horno, no nos daban nada. Y costaba mucho quitarlas que se pegaban al suelo y había que rascarlo. Era un abuso. “¿quieres una patata?” decían, y mi madre: “No, si quiero las echaré”.

En verano venían mucho con latas de patatas para no echar lumbre en sus casas,

por el calor. ¡Cuántas veces nos tuvimos que levantar de la cena para coger latas!. Y no nos pagaban.

Cuando yo estaba casada, amasaba en mi casa. A mí me salía muy bien el pan. Era trabajoso, pero así lo hacía todo el mundo.

Avisábamos al molino cuando se nos acababa la harina. Entonces venían a buscar el trigo y nos traían después la harina. Lo primero que había que hacer entonces, era cernerla con los palos y el ciazo. Después se hacía la creciente en una perola, con un poco de la masa que se había empleado el día de antes, que se conservaba en la artesa y que estaba bien fermentada.

Esta se ponía en remojo una noche y al otro día se ponía agua a calentar y se amasaba la creciente con sal y harina. Se dejaba crecer y se formaban los panes y se llevaban al horno.

Eso de amasar en las casas se fue dejando cuando se iba yendo mucha gente del pueblo, y El Chulo puso su panadería. Entonces se perdieron los hornos particulares.

Letur, mayo de 2000
Dolores Alcántara Beylet



EL BARQUERO DEL ALMAZARÁN

Yo soy María. Cuando era pequeña, -ahora tengo 75 años- íbamos todos los años a la fiesta de San Blas en Elche de la Sierra. A mi me gustaba mucho ir, porque me montaban en la barca, en El Almazarán.

Cuando ya faltaba poco, estábamos deseando que viniera el día de San Blas, que es en febrero. Hacía frío. Llevábamos bufandas de lana hechas en casa para abrigarnos.

A la burra se le ponía un ropón con unas bolas de lana coloradas, rojas, negras y verdes, y se le ponía el atarre (que se pasa por debajo de la cola) adornado igual para que haga juego. En la frente de la burra se le ponía una cabeza también de bolas de colores. Para montar a la burra se ponía un cojín y una manta también adornada, cubriendo las aguaderas. Ahí se iba muy cómodo. Iba la burra muy bonita.

En las aguaderas echábamos comida para el viaje y ropa para cambiarse al llegar, y también cosas para la familia que nos acogía, lo que ellos no tenían, porque no vas a llegar con las manos vacías. Todo eso era el atuendo para la fiesta.

Yo era la más pequeña y mi padre me quería mucho. Me ponía en una de las cuatro aguaderas, se montaba él en la burra y los otros iban andando: mi hermano, mi hermana, (los dos mayores que yo) y mi madre, toda la familia. Cuando uno se cansaba de andar, se turnaban en la burra. También venían unas vecinas jóvenes amigas de mi hermana, a veces se agregaba mucha gente de la que tenía familiares en Elche. Por el camino que duraba unas tres o cuatro horas hasta El Almazarán y luego otras tres horas hasta Elche, se cantaban canciones del Santo. Era como una romería. Los tres días que duraba la fiesta nos quedábamos con unos familiares que teníamos en Elche. Cuando llegábamos al Almazarán había que cruzar el río, que llevaba siempre mucha agua porque entonces llovía más que ahora. También existían vados en otros sitios del río, pero a mi me gustaba mucho ir en barca. Para complacerme pasábamos por ese sitio.

Había allí un hombre muy viejecito que tenía al otro lado una pobre caseta donde vivía con su mujer. Allí tenía un torno que era de madera todo, parecido a una garru-



El burro del Antolín de fiesta

cha de la obra, hecho por él mismo, y llevaba una cuerda metálica muy fuerte que se pasaba por otro torno a la otra orilla en frente, y volvía, igual que las cuerdas para

tender la ropa de una ventana. Había un cortado a cada orilla para bajar y subir la gente directamente a la barca, sin tocar el agua, y poder la barca arribar sin tocar la

arena. A la cuerda estaba atada la barca; la tenía amarrada a un pino grande que había al lado de la caseta.

Ahora, cuando llamaba una persona al otro lado, el hombre podía devolver la barca con su torno para que se montara la gente, y luego traerla a su caseta otra vez, sin tener que moverse del sitio.

Diez o doce personas cabían, incluso animales. No tenía baranda, y a mí me ponían en el medio para que no me cayera. Yendo con mi padre no tenía miedo de nada. Cuando llegábamos a la caseta, le pagábamos lo que valía, una peseta o tres reales por persona. Este hombre no se hacía rico. Siempre tenía que estar allí, y algunos días no venía nadie. De su mujer me acuerdo, algo más joven que él, con su pañuelo negro en la cabeza; ella siempre salía a ver quien llegaba. Los hijos eran recoveros, vendían sardinas, pimiento molido, bacalao, legumbres secas, yendo de pueblo en pueblo y de casa en casa. Con lo que ganaban, ayudaban a sus padres. Mientras vivía, el barquero no dejó de hacer este servicio. Justo antes de la guerra murió el abuelo, los hijos se fueron a vivir a Murcia y se llevaron a la madre. A partir

de entonces no había barca en El Almazarán.

La gente de Letur, para ir a Elche, tuvo que tomar el camino que pasa por Férez. Yo me acuerdo de cuando ya tenía unos 15 años, que iba con mi padre a la fiesta de Elche. Íbamos con la mula por La Casilla, el camino antiguo a La Abejuela, luego un atajo hasta El Molino de Quilor, luego la carretera de ahora, pero en las curvas siempre había atajos para la caballería y la gente andando. Se gastaban también tres o cuatro horas. En la mula montábamos los dos, el padre detrás y yo delante de él.

Y ahora, a los 70 años, he visto un furgón de Murcia en el mercadillo de Letur que llevaba un rótulo diciendo “Antonio el Barquero”. Me dio mucha alegría ver ese coche, porque me recordó los barqueros del Almazarán que todos llevaban ese apodo y eran conocidos por todo el mundo. Me acerqué al chico preguntando si era de los barqueros del Almazarán y me dijo que no, sino que había comprado el furgón de ellos y aún no había cambiado el rótulo, pero que era muy amigo de ellos. Es el hombre que vende cacharros, sartenes, latas y otras cosas de hierro.

Letur, octubre de 1996
María Sánchez Ortega de Mora
(Sacristana en la Iglesia de Letur)



LA CASA DE REMEDIOS EN LAS CASAS

Esta casa era de mi padre que la había heredado de su padre. Las paredes son de tapial, los techos de palos y cañas, tierra y cal.

Allí nacimos todos, yo y mis seis hermanos, y vivimos en ella hasta que nos fuimos a vivir a otra casa que obraron mis padres, muy cerca. La vieja la compró una prima mía, y después la compré yo a sus sobrinos que ella no tuvo hijos. Yo no quería que se cambiara esta casa por los muchos recuerdos que tiene.

Nos hemos criado con mucha cicha (desdicha, miseria). Se ha padecido mucho porque eramos muchos y poca ayuda.

Espacio en la casa no había más que la cocina, el dormitorio de los padres y la cámara que tenía que servir para guardar la comida y dormir los siete hermanos, los más pequeños al lado de los padres. Cuando llegaba la noche, extendían los colchones al suelo, uno grande para las cuatro muchachas y unos colchones pequeños, para cada chiquillo uno, y los que no cogían arriba se bajaban a la cocina, y uno encima del arca grande en la habitación de los padres, donde guarda-

ba mi madre la ropa que había, que no era mucha.

Y por la mañana se recogían los colchones, se ponían doblados uno encima del otro. Estaban llenos de paja de centeno o perfolla de panizo, metidos en una funda tejida en el telar por mi madre, la parte de arriba de lana y la parte de abajo de tela de hilo, comprada. La cama de los padres consistía en un somier de cuatro patas, el colchón y una manta retalera.

En la cocina estaba el telar, entre la puerta y el humero; ocupaba gran parte de la cocina. Además del telar había allí unas sillas bajas; mesa no teníamos, tampoco platos, cubiertos, vasos..., no hacían falta: comíamos de la sartén y bebíamos del botijo.

En un poyo de piedra estaban los dos cántaros con el agua, y debajo de la escalera las sartenes y trastos.

La luz, en la cocina entraba por la puerta y por la chimenea; en el dormitorio y la cámara había unas ventanicas, pero sin cristales.

De los siete hermanos era yo la tercera. Los niños hacían mucha falta a los pa-



Remedios en la puerta de la casa donde nació

dres para trabajar. Madre mía, yo no había ido nunca a la escuela, ni yo ni nadie, pues aquí no había ni maestro ni escuela. Ya de pequeña, a partir de los siete años, ayuda-

ba a mi madre a criar los pequeños, lavar la ropa a la acequia o al arroyo.

Aquí no había agua de grifo; solo hace doce o quince años que pusieron el agua



En el humero

potable en las casas. La buscábamos en cántaros en la acequia que baja del monte, yendo muy arriba para cogerla limpia. De tanto bajar con los cántaros puestos en el lado derecho de la cadera se le rompió la ropa a mis hijas.

Para lavarnos las personas, con un cubo y una palancana subíamos arriba.

Para lavar la ropa, teníamos una losa de madera y llevábamos la ropa sucia en cubos y canastas al arroyo que pasa abajo, donde está hoy el puente, que hace solamente unos veinte años que lo hicieron. Había

que lavar todos los días la ropa de los chiquillos, porque los críos se estaban meando siempre y hay que cambiarlos a menudo. Por la noche lavábamos los pañales y la ropita de los chiquillos para ponerla limpia al día siguiente. La lavábamos en un cubo y la secábamos a la lumbre.

Ahora vamos a hablar del telar. Lo tenía mi madre en la cocina y ocupaba gran parte de ella. Era de cuatro pedales. De estos telares no había más que tres en la aldea. Mi madre sabía tejer, ella trabajaba en eso, le encargaban más que podía. Siem-

pre estaba tejiendo hasta la noche, con luz de tea o candil colgado. Este telar, lástima, ya no existe, lo quemaron.

Cuando tenía críos pequeños, niños de pecho, mi madre colgaba una espuerta del techo, ponía trapicos debajo para acostar el crío, y mientras tejía, lo estaba meciedo con otra cuerda atada a la espuerta para estirarle cuando lloraba.

Yo sé tejer también, ella me lo enseñó. Todo lo que sé lo aprendí de ella.

Cuando mi madre estaba a punto de dar a luz, le pusieron una colchoneta estrecha al lado del telar, y los críos nos tuvimos que subir a la cámara hasta que naciera la criatura. Comadrona no había, algún familiar asistía. Los médicos no venían o venían muy tarde. Una vecina nuestra que tuvo un parto complicado, al cabo de tres días murió con el crío en el vientre.

Mi padre, que lástima, tenía muy poca tierra propia, para hortaliza nada más. Trabajaba en el campo con patronos.

De pequeña, con unos 13 años, iba con él al monte a arrancar romero y demás broza, para sembrar trigo; era tierra de los ricos (por ejemplo del dueño de La Alberquilla). Mi padre y mucha gente más vivía así: arrancaban monte, labraban con sus burros y sembraban trigo, pagando la semilla de su bolsillo, lo segaban y se traía la mies, a veces de muy lejos, del monte aquí a la era nuestra y se trillaba con nuestros burros, y el grano entonces lo partíamos, de cuatro fanegas una para el amo.

Era un trabajo duro, pero nos moríamos de hambre si no se cultivaba. Ese trabajo valía para muchos años, no se echaba ni estiércol ni abono; en el secano nunca se echaba estiércol ni se regaba; con la lluvia del cielo se criaba. Entonces había mucha lluvia, en verano y en invierno. La cosecha era bastante buena.

“

Cuando mi madre estaba a punto de dar a luz, le pusieron una colchoneta estrecha al lado del telar, y los críos nos tuvimos que subir a la cámara hasta que naciera la criatura.

”

Con mi padre íbamos también al monte a segar espliego para llevarlo a vender a los que tenían calderas. Esto lo hacía por su propia cuenta, cuando no había trabajo con patronos.

En la época de coger aceituna iba toda la familia, los que podían andar. Para comer se llevaba un poco de pan y tajás de los gorrinos (marranos) de la matanza, y fruta. La oliva no se partía sino que el patrón la pagaba por fanegas.

También íbamos a segar. Yo fui a La Mancha con diecisiete años, a Ciudad Real, El Infante, Valdepeñas. Íbamos con

burros, cuatro personas para dos burros, la mitad del camino andando, mi padre, tres hermanos y yo. Íbamos con esparteñas, llevábamos unas de recambio porque se gastaban. A los cinco días llegamos y nos quedamos cincuenta y dos días segando, y ganábamos entre los cuatro, mil pesetas. Esto lo hice solamente un año; después segaba mucho por aquí.

Cuando nos llamaban a las muchachas, íbamos a escardar el trigo, es decir, limpiarlo de hierba mala. Todas las muchachas que había por aquí de mi edad, como eran todas pobres, tenían que trabajar como yo también.

La leña

Entonces, no había gas ni electricidad; se guisaba en la lumbre, y se necesitaba mucha leña. La teníamos que buscar en el monte. No necesitábamos permiso para recoger la leña seca; la verde no se podía tocar.

El que tenía una bestia la traía con la bestia, y el que, como nosotros, no tenía, la traía a cuestras, un haz en cada viaje. Madre mía, teníamos que ir cuatro o cinco kilómetros camino arriba hasta donde los pinos.

Íbamos con caña muy larga que formaba con un gancho en su parte de cepa para tirar los palos secos de los pinos. Las ramas que caían las partíamos con un hacha y las atábamos en un haz. Un haz pesaba de dos a tres arrobas que son unos

treinta kilos. Y volvíamos a casa, arrastrando la caña, llevando el hacha en la mano y el haz en la espalda. Teníamos la espalda “esollá” (herida) de tanta carga.

Para amasar el pan y cocerlo en el horno que teníamos en la puerta de la casa, buscábamos el romero que en invierno habían tirado los que “esmontaban” (limpiaban) las atochas. Lo atábamos igual que la leña y formaba un haz enorme.

Más tarde, cuando yo tenía más de cuarenta años, teníamos una burrica que nos traía la leña, tres haces en cada viaje, uno a cada lado y la tercera encima.

En los días que hacía bueno, echábamos dos o tres viajes a por leña que hacía falta para la lumbre, todos los días del año. Esto lo hacía desde pequeña, en compañía de mi madre y hermanos. Y luego, cuando estaba casada, iba muchas veces con mi madre que me ayudaba bastante. Y cuando mis hijos tenían de cinco a diez años, iban también.

Sirviendo en La Alberquilla

Cuando yo tenía trece o catorce años, estuve catorce meses en La Alberquilla sirviendo con el tío Frasquito Picón, era ya bastante viejo, ya tenía muchos nietos.

Mi trabajo: por la noche a ese señor que era mi amo, con un calentador le calentaba la cama. Se le ponían ascuas y se pasaba cuatro o cinco minutos entre las sábanas. Le ayudaba a otra criada que tenían, que ya era mayor, a amasar, a fregar.

También me mandaba la Señorita Juliana, la mujer de Frasquito, a coger hierba para los gorrinos.

Hay que echarles a los marranos la hierba cuando esté tierna; cuando está curada, ya no se la comen. Con la hoz no se puede cortar la hierba chica, porque no se puede agarrar con la mano izquierda; por eso se coge con la mano o la navaja, como las collejas.

El labrador de la finca engordaba y mataba sus propios marranos que había criado con su parte de las hortalizas que cultivaba. El amo también tenía que engordar gorrinos para la matanza, para toda esa gente que comía en su casa: cuatro o cinco muleros, dos pastores, un guarda, una o dos mozas y yo, y los hijos que tenían hasta que se casaron y se fueron a Letur, y los nietos cuando venían de vacaciones.

Los nietos cuando venían de Letur en las fiestas, Semana Santa y verano, Navidad, también los cuidaba yo y me los llevaba a buscar caracoles al huerto. Eran los niños García: Juliana, Esperanza, Sacramentos, Fuensanta, Jesús, y Don Juan el abogado, todos eran niños.

Yo me sentía a gusto en La Alberquilla, casi como hija de la casa. Los amos me apreciaban.

Las Casas, octubre 1998 (Remedios)

Aquí, antes nos divertíamos mucho con bailes, para las fiestas. Los domingos

en cambio no se guardaban. Hace veinte o veinticinco años, no había iglesia en La Dehesa, íbamos a misa a Letur andando, para las fiestas grandes.

En invierno se bailaba en las casas particulares. Hacían música con guitarras, a veces cantando. Mi marido sabía tocar la guitarra: jotas, malagueñas...

Me casé con diecinueve años, entrando en los veinte. Mi marido era de Tazona, venía aquí para resinar. Trabajaba mucho, me llevé bien con él. A los dos años de casados tuve mi primer hijo. He tenido ocho hijos, la última con cuarenta años y un poco más. No se podía evitar la cosa como lo hacen hoy. Costaba mucho criarlos.

He tenido una vida muy dura. Pero lo peor llegó cuando a mi marido le tocó la quinta de ir a **la guerra**, en el último plazo, en el año 1939. Él tenía unos cincuenta años. Ya teníamos tres hijos y estaba yo embarazada del cuarto.

Mi marido, Pepe, estuvo un año en la guerra, por Castellón, y cuando terminó la guerra lo cogieron con muchos más en un campo de concentración en Almería. Dos meses estuvo allí, y cuando lo soltaron, se vino para Letur, y al llegar al pueblo no lo dejaron ir a su casa en La Dehesa, sino que lo metieron en la cárcel de Letur que instalaron en la esquina de la Plaza Mayor, cerca de la casa del Sabio.

Al enterarme de esto, cogí mis cuatro hijos, los puse en el macho que teníamos y los traje a Letur a que los viera su padre.



El más pequeño, el Pepe, tenía un añito y su padre no lo había visto todavía. Dejaron pasar a los hijos pero a mí no.

(Ahora habla **María, la del Fortunato**):

Yo era la mayor de los cuatro, tenía unos nueve o diez años. Nos llevaron al sótano de la casa. Allí había solamente la luz de la puerta al patio. En la penumbra vi que estaba todo el suelo lleno de cabezeras tendidas y los hombres acostados allí sin moverse ni poder hablar de las palizas que les habían dado. Mi padre, tendido boca abajo, ni siquiera podía vernos.

Al salir se lo conté a mi madre, y no digo más.

(Sigue **Remedios**):

En la cárcel de Letur estuvo cinco meses, y la comida la teníamos que traer de La Dehesa, si no se morían de hambre. Todas las mujeres que veníamos a traer la comida cada mediodía, hacíamos la cola delante de la cárcel, y una por una le podía entregar el puchero al guardia que la daba al recluso y devolvía los platos vacíos.

Para venir de La Dehesa a Letur andando se necesitaban casi dos horas, cuatro para ida y vuelta.

A los cinco meses, se lo llevaron al castillo de Yeste. Allí íbamos las mujeres una vez a la semana, para llevarles en cestos los alimentos que podíamos. En el castillo les daban un vale para que los centinelas les compraran algo de comer, pero

eso era poco. En Yeste podíamos cocinar en casa de algunos conocidos o amigos, y traerlo al carcelero para que lo diera a los maridos. Así lo hacían muchas, porque la cárcel estaba llena.

“

En la penumbra vi que estaba todo el suelo lleno de cabezeras tendidas y los hombres acostados allí sin moverse ni poder hablar de las palizas que les habían dado. Mi padre, tendido boca abajo, ni siquiera podía vernos. Al salir se lo conté a mi madre, y no digo más.

”

Teníamos unos familiares en Yeste y con ellos nos quedábamos una noche o dos, es que el mismo día no podíamos ir y venir, que era muy largo, cuatro horas andando para ir y cuatro para venir. Unos días llevábamos cosas de fiambre para pasarle, algún día le guisábamos cocido para que comiera algo caliente. Pero eso eran pocos días, porque teníamos que volver a nuestra casa a cuidar las criaturas pequeñas.

La comida la tomaban los guardias que había a la puerta del castillo. Se lo entregábamos, pero a ellos no los veíamos, ni hablar, ni cartas tampoco se podían pasar.

En el castillo, en la torre, había una ventana muy alta. No los dejaban asomarse, pero algunas veces, cuando tenían la ocasión, se ponía alguno en la ventana. Mi Pepe chico que tenía un añico y su padre no lo había visto todavía, lo llevaba en brazos de Las Casas a Yeste, para ver si me dejaban enseñárselo, pero no lo dejaron salir a verlo. Entonces me puse allí en la calle debajo de la torre, esperando si lo podía ver. Mi marido, como le habían entregado la comida, sabía que yo estaba allí, e hizo, no sé como, para subir a la ventana, y lo vi un momento, y él vio a su hijico, acostado en mi brazo.

Un año estuvo en Yeste. Luego lo trasladaron a Hellín, y yo, durante un año, seguía trayéndole comida a Hellín. En verano íbamos, cuatro o cinco mujeres, andando por La Alberquilla al río, de allí a Elche, y en Elche cogíamos la carretera. Otras veces íbamos al Pantano de la Fuentasanta a llevar un paquete al coche de línea para que se lo llevara. Le dábamos un duro cada vez para llevar el paquete. No teníamos perras para ir nosotras en coche, qué lástima.

Cuando estaba en Albacete, íbamos cada dos o tres meses a llevarles comida. Íbamos con el coche de línea. Algunas veces teníamos ocasión de un coche de un amigo que nos llevaba y no cobraba nada.

No había justicia, y no sabíamos cuando lo librarían. Le acusaron de haber matado a dos o tres, pero él era inocente y no le

podían probar nada, con muchos testigos que fueron a aclarar que era cierto que no lo había hecho él. Así finalmente lo tenían que librar. Esto era al acabar la guerra.

Letur, año 2000 (Remedios)

También he trabajado en los **gusanos de seda**. Cuando tenía unos dieciséis o diecisiete años, nos fuimos, mis tres hermanas y yo, a un cortijo entre Letur y La Dehesa que se llama Agua Vieja. Allí no vivía nadie, solamente encerraban el ganado por la noche. Había un poco de huerta que arreglábamos a medias para el amo, Tío Picón de La Alberquilla.

Había allí muchas moreras, y cuando llegó la temporada de la cría de los gusanos que dura del mes de marzo hasta julio, nos fuimos a vivir allí para echarles de comer las hojas de las moreras, tres veces al día. Por la mañana les echábamos en los zarzos las hojas que ya teníamos cogidas, y después nos íbamos a coger hojas frescas para todo el día. Cuando la morera era vieja, se cortaban ramas enteras, subiéndolas con escaleritas y se escurrían las hojas en el suelo, y de las moreras jóvenes escurríamos las hojas de las ramas en el árbol. Las llevábamos a casa en canastas mientras los gusanos eran pequeños, pero cuando eran gordos, se tenían que cargar burros con cestos de paja llenos de hojas.

Los gusanos cuando nacen se ven bullir como hormiguinas pequeñas, y al cabo de cuatro meses son largos como un

dedo. Se criaban en zarzos primero, y cuando ya no cabían allí, se les echaba al suelo también. Cuando eran gordos, se les echaba un palmo de hojas encima y esto tres veces al día. Comían mucho.

Al final se ponen dorados, no comen: es su cuarto y último “sueño”. Entonces es el momento de echarles boja del campo para que “trabajen”. Toda esa boja la arran-

cábamos del campo, y la poníamos en el suelo en forma de “casas”, y en medio de cada casa dos o tres kilos de gusanos, hasta llenar toda la habitación de casas de boja.

En julio sacábamos los capullos y por el día de Santiago se vendían al señor que había vendido la simiente. Antes se criaba mucho de eso, y en los campos había muchas moreras.

Las Casas, 17 de febrero de 1999
Remedios Valero Rodríguez



EL HORNO DE PAN

Cuando se quiere cocer el pan en el horno, primero se limpia bariéndolo con movimientos circulares con el “barreor”, que es un palo con un trapo en la punta, atado con un alambre y un poco húmedo.

Ahora se pone leña fina, como ramas de árboles, sin recargar. Se enciende y se deja quemar totalmente. Entonces se le da la vuelta a la brasa con un palo largo, el “palón”, para que el horno quede bien calentado por todo el suelo, y se vuelve a poner leña otra vez, ahora alguna menos, según el calor que se requiere, más calor para el pan que para los dulces. Se deja quemar hasta que las brasas queden casi apagadas.

Las brasas se “orillan” a un lado, primero con unas ramas verdes atadas a un palón, y luego con el barreor húmedo. Para ver la temperatura del horno, se echa un puñado de harina blanca al suelo; si se quema muy pronto, es que está demasiado caliente, es decir que se quemaría el pan o se formaría una costra dura que impediría entrar el calor a la miga que se quedaría sin cocer.

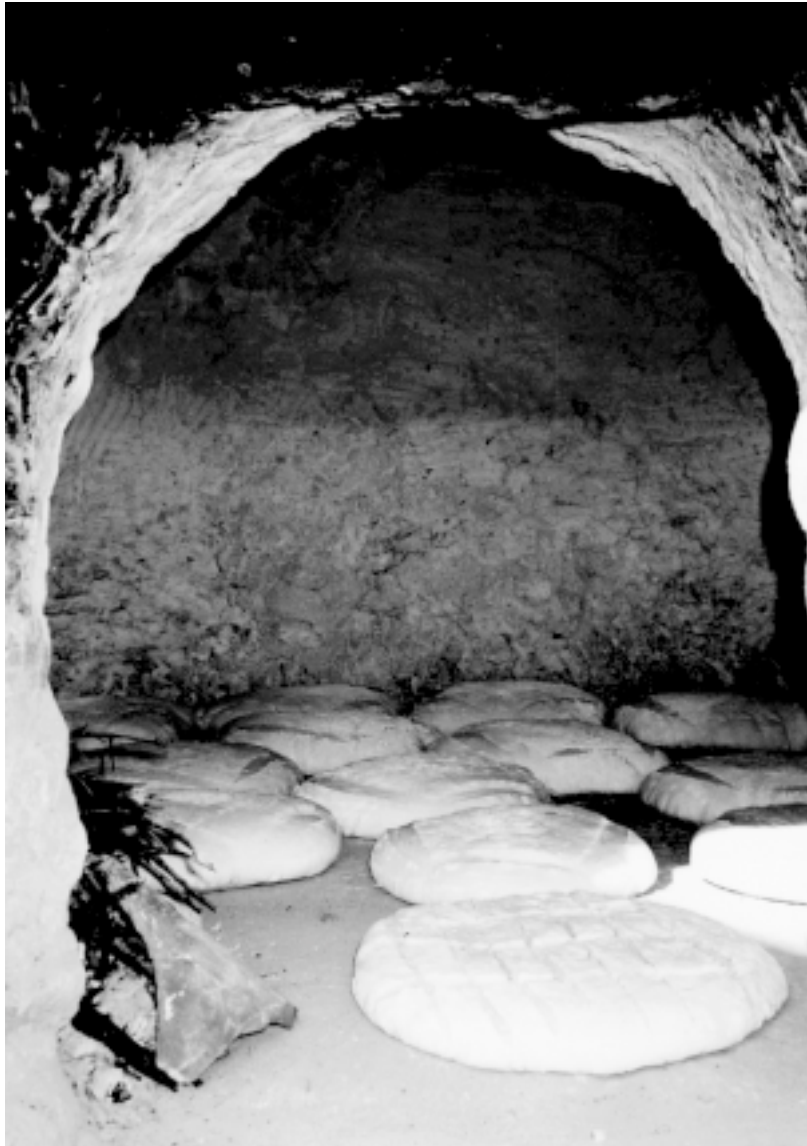
Para bajar la temperatura hay que volver a barrer con el barreor bastante más húmedo, después se vuelve a hacer la prueba...

Ahora está el horno a punto de cocer la primera “horná” (hornada). Se pone el pan y se cierra la puerta. A los cinco minutos se vuelve a abrir y controlar el pan de “cara” (de arriba). Si está tomando mucho color demasiado pronto, habrá que bajar la temperatura del interior para que no se arrebate lo que se está cociendo.

Para eso se pone una olla de agua fría cerca de la brasa. También se puede tapar la brasa con un latón (una chapa) o con ladrillos, o dejar la puerta un poco abierta. Si al contrario tenemos poca temperatura, movemos la brasa una chispica con el palón.

Puede ocurrir que el horno tenga ya poquísimo calor de arriba y al pan le falte color en la cara; entonces se echa un “hacho” (esparto viejo, seco) se enciende y se pone en la brasa, y ese calor le da el colorcito que le faltaba.

Cuando se están cociendo dulces, si están “tomando” (tomando calor) de abajo, se mete la lata dentro de otra para ais-



Horno de pan. "Dehesa" de Nerpio

larla del suelo, y si el calor de arriba es mucho, se puede tapar la lata con otra lata boca abajo, o con papel.

Si se quiere cocer más y el horno vemos que ya no tiene suficiente calor, pues

ponemos otra vez leña, pero menos, porque toda la capilla del horno ya está caliente. Haciendo varias hornás seguidas se gasta menos energía; y también menos tiempo; mientras se cuece el pan se pue-

den preparar unos dulces que luego le cuecen rápidamente.

Todo esto es una cuestión de mucha experiencia, depende de muchos detalles.

Todo lo que aquí explico lo sé de mi madre, a la que adoro y se lo agradezco todo. Vivíamos en Los Pradillos, y ya desde los cuatro años me recuerdo bien como mi madre hacía el pan. Cada uno de los seis hijos que tenía ayudábamos en la medida que podíamos. Así, haciéndome mayor lo había aprendido todo.

En Los Pradillos cada grupo de casas tenía un horno en común. Entre las vecinas había buen entendimiento. Por ejemplo una decía: “¿Tú, amasas hoy? Avísame y haré unos dulces detrás de tu pan”. Esta compañía para las mujeres era importante; como los maridos estaban en la huerta, las mujeres con los niños pequeños necesitaban ayudarse.

El día de amasar pan era todo un conjunto. Había que pensarlo todo bien para que el pan estuviera cocido a la hora de volver a casa, para que cuando los hombres volvierann del campo o de la huerta, la comida estuviera y el pan cocido. Mi madre tenía ese talento de organizar, mandar y trabajar más que ninguno de la casa.

Solía madrugar mucho, los días de amasar aún todavía más. A veces, si no hacía mucho frío y bastante claridad, se levantaba a las tres de la madrugada para traer la leña al horno, que los días anteriores no había podido hacerlo. Sobre las seis

estaba ya amasando en la artesa, en un cuartito aparte. Ponía varias tejas con brasas debajo para dar calor a la masa.

Cuando terminaba de hacer la masa, hacía una cruz en la bola diciendo:

*“Que esta masa sea crecida
como Jesús fue crecido
en el vientre de María”*

y la dejaba crecer, tapada con un tendido calentado a la lumbre y un poco de salvado cubierto con otro tendido, para que no se enfriara la masa. Porque “la masa y el niño en verano tienen frío”. Al cabo de una hora aproximadamente, antes de que la familia empezara a bullir, ya estaban hechos los panes y puestos en la tabla sobre dos sillas, con su tendido bien limpio.

Según el tiempo que hacía, si haciendo la prueba del cuchillo, se veía que los panes necesitaban crecer un poco más, se dejaban las tejas calientes otro rato.

Luego mi madre nos pedía ayuda. Teníamos que sacar dos sillas iguales de la casa y colocarlas a la puerta del horno. Sacábamos la tabla de la casa entre ella y uno o dos de nosotros, porque pesaba bastante con sus doce o catorce (¡nunca trece!). Panes de más o menos un kilo cada uno, y la poníamos en las sillas delante del horno, esperando que “baje la brasa”.

Mientras tanto mi madre, con su delantal, aunque viejo, limpio, las mangas subidas y el pañuelo en la cabeza, rociaba



Cociendo pan en un cortijo de la sierra

la calle alrededor del horno y la barría, para que en el momento de echar el pan, ningún aire levantara polvo. Así no lo hacían todas, pero mi madre tenía un sentido especial de hacer las cosas ordenadas, limpias y de prisa, y quería que siguiéramos su ejemplo.

Cuando el pan estaba dentro del horno y cuando iba a cerrar la puerta, mi madre decía:

*“Que seas crecido
y que no seas quemado,
y de la boca de los huéspedes
seas librado”.*

Decía eso porque el refrán era ese, pero no lo hacía. Al contrario decía, *“desgraciada la casa en la que no entra nadie”*. Siempre estaba dispuesta a compartir. En nuestra casa mucha gente que iba por el camino real pasando por El Almarazán, entraban y comían y dormían, y a los que tenían hambre, en aquellos años de miseria, y venían pidiendo, nunca se les negaba un trozo de pan.

Letur, noviembre de 1998

Josefina



LOS PINEROS

Para aprovechar la madera del monte, hacían falta cortadores de pino, peladores y los ajorradores. Estos hacen el primer trabajo. Pocos propietarios de monte organizaban toda esta operación; preferían vender la madera en pie a los contratistas.

Hacían un contrato que especificaba el número y diámetro de las piezas a cortar, y el precio. Entonces el contratista buscaba la gente y corría con todos los gastos.

La corta y la pela y el ajorro se pagaban a destajo, cada operación por separado. El ajorro era más caro porque se realizaba con caballos y mulos, arrastrando la madera abajo.

En cada cuadrilla había un encargado o manigero para ponerse de acuerdo con el contratista sobre el precio y luego repartirlo entre toda la colla.

El segundo trabajo es el de los pineros. Voy a explicar: El agua corriente de un río tiene la tendencia de colocar los objetos que se encuentran en su camino de manera que se les presente el mínimo obstáculo. Para los palos de pino eso significa que se ponen de punta, o al hilo, en la misma

dirección del agua, siempre a condición que baje una cierta cantidad de agua capaz de arrastrar la madera. Tanto problema que tenemos ahora, de que no haya bastante agua no existía entonces. Los ríos llevaban mucho más caudal que ahora.

El empleo de pinero era muy importante para las familias de la zona de la sierra. Era una manera de ganarse la vida durante los inviernos y primaveras, pues la madera se cortaba de otoño a invierno. Empezamos el día de los Santos, a principios de noviembre.

Yo tenía dieciocho años, por el año 66, cuando hice este trabajo en El Almarazán, adonde bajaba de Letur a trabajar. Se me presentó ese trabajo temporal y lo aproveché, porque había que trabajar en lo que salía. Fue un contratista de Yeste que compró la madera en pie y se encargó de ajorrala a su destino a pie del río Segura porque entonces al Almarazán no llegaba carril ninguno.

Para esta operación de transportar la madera por el río estuvimos trabajando aproximadamente veinticinco o treinta personas venidas alguna de Letur y los



Herramientas: la sierra, el hacha y el gancho

demás de Yeste. Dormíamos en el cortijo de La Longuera en los pajares; cruzando el río andando el agua llegaba a media pierna, fría como el granizo. Tuvimos a nuestra disposición una casa desocupada con su cocina. Había un ranchero encargado de la comida.

“

Una vez que ya está el saque preparado, se empieza a echar la madera rulando al río.

”

Para almuerzo nos llevábamos un trozo de pan con dos sardinas, y como para cenar eramos tantos, se ponía la sartén en el centro y todos se quedaban de pie, y cada

vez que “mojaba” uno en la sartén, se ponía dos o tres pasos atrás para dejar espacio a los demás.

Ahora el proceso:

Los ajorradadores habían formado cambras (montones) de palos a la orilla del río, lo más cerca posible pero guardados de las riadas. Entonces lo primero que se hacía era un fuerte en el “saque”, que es el final del viaje donde se sacan los pinos del río para cargarlos en los camiones. El saque lo hicimos en La Longuera, donde ya existía carril.

Se cortaban dos o tres pinos de los más gordos en la misma orilla, dejando sin terminar de cortarlos del todo, y se dejaban caer al agua, donde formaban, todos ligados entre ellos, el fuerte o sea una barrera que evite que se vaya la madera.

Una vez que ya está el saque preparado, se empieza a echar la madera rulando al río. Se necesitaban para eso al menos dos o tres personas. En el recorrido del río hay puntos donde la madera se puede atrancar, sobre todo si el río lleva poca agua. Por eso se va “esturreando” (repartiendo) la gente allí para empujar la madera y guiarla para que el agua se la lleve, así hasta el punto de saque.

La mayoría de las personas todas las noches bajaban al cortijo, de cintura para abajo mojados. Se aguantaba como Dios quería.

Letur, noviembre de 1999

Francisco Peña



Los pineros

Recuerdos de los pineros en Los Pradillos

Cuando yo era niña, tenía unos ocho años, siempre cuando cortaban pinos en los montes cercanos al Almazarán y Los Pradillos, había muchos pineros trabajando en el corte, la pela y el ajorro de la madera. La mayoría venían de fuera, y por la noche se quedaban en casa de Pedro José y Juana, que eran mis padres.

Nosotros teníamos dos casas. Una para comer y guardar la ropa, y otra con una cuadra muy grande donde teníamos nuestros animales de trabajo: dos vacas con sus

terneros, nuestros dos burros y una yegua. Dormíamos cerca de ellos, es mejor vigilarlos, porque podían enredarse en sus cuerdas o pelearse, o bien podían estar a punto de parir. Las cabras y gallinas estaban en otra cuadra, a la vuelta de la esquina. En la época que las cabras tenían que parir, es decir, en invierno hasta primavera, mil veces iba mi padre en la noche con el candil -y se le apagaba-, y un trapo en la mano, para ayudar a las cabras primerizas al parto o por si tenía que secar el cabritillo.

Pues esta casa con el corral grande, mis padres la dejaban a los pineros con sus

animales, y repetábamos nuestros animales donde cabían, y las personas también: los padres y cinco hijos, dos o tres en cada cama. Esto durante los meses de invierno en los años que venían a cortar.

Para nosotros, los niños, era una temporada muy divertida. A la noche venían los hombres a calentarse a la lumbre de nuestra cocina hasta la hora de cenar y

dormir. Contaban cosas de sus vidas y otras historias y se reían con nosotros. A nuestra madre la tenían como si fuera su madre. Ella les cosía algún roto, les lavaba lo más preciso, y si alguno se lesionaba con un hacha o un porrazo de un madero o un animal, ella corría a romper una sábana y le vendaba. Le daba agua destilada y alcohol o iodo que tenía siempre en casa.

Letur, diciembre 1999

Josefina



RELATOS AL CALOR DE LA LUMBRE

Vivíamos en El Collado, en La Dehesa, mis padres, una hermana y un hermano menores, y yo. Allí éramos un puñado de familias pasando hambre, las familias de Samuel, Angelillo, Remundo, Alfredo, Antón Guerra, Juan de Jacinto, Pepe del Rebato, Pepe el Viudo, Isidoro, Antonio el de la Fortina, también estaba “a por el pan pedir”, y su hermano Pepe el Esquilado, y el Julián Zanca...

Y un rico: Ángel Perete. Y el Ángel se comportaba bien. Si ibas a su casa por lo que fuera, te lo daban. Pero ¡como éramos tantos...!

Eran tiempos de guerra, y allí estuve rebuscando cortezas de naranja para comérmelas, y pidiendo también. El Manolo Ortuño, con el primer camión que tenía, traía las naranjas desde Murcia, se las comían y tiraban las cortezas a la calle. Eran gente de perras.

Hemos vivido pasando hambre. Yo, bien no he comido nunca hasta que se terminó la guerra. Entonces tenía siete u ocho años, pues nací en el 1932.

Una vez, después de cuatro meses probé yo el pan, era de cebada y de panizo.

No era bueno, pero era después de la guerra y pasábamos hambre. Tendría unos diez años. Y estaba mi madre amasando en el horno y mi padre y mi hermana en la casa, y yo no hacía más que ir al horno y decir “¿ya está?”. En fin, sacó dos tortas. Una torta pesaba un kilo y nos las comimos entre mi padre y yo. Por cierto, aquel día era el primer día que vi a mi padre llorar. ¿Por qué lloró?, porque estábamos inflados ya y si comíamos más reventábamos. Lloró de ver el hambre que teníamos, y él también.

“

Allí éramos un puñado de familias pasando hambre, las familias de Samuel, Angelillo, Remundo, Alfredo, Antón Guerra, Juan de Jacinto, Pepe del Rebato, Pepe el Viudo...

”

Esto era en la primavera. Entonces, durante cuatro meses solo comíamos collejas,

garbanzos, higos secos. Almendras no. Y ya. La fanega de trigo valía a cincuenta y el jornal lo pagaban a diez pesetas.

Había una escuela en Las Casas, debajo del Collado donde nosotros vivíamos.

Pero yo no fui. Yo aprendí a leer y escribir y de cuentas, yo solo y con mi padre. Porque mi padre, que estaba arrancando esparto, sabía bien leer y escribir, y yo con seis años estaba delante de él estudiando, y por la noche me daba algo de cuentas. Yo no he ido a ninguna escuela. Gracias a Dios me defendiendo bien de letra, de cuentas y leer.

Porque había una libreta grande con las cuatro reglas: sumar, restar, multiplicar y dividir. Y también con el ciclopedia (la enciclopedia). Estos libros los vendían y los compró mi padre para enseñarme. A mi hermano lo enseñé yo, a la hermana también.

En el colegio, la verdad, estaba yendo con un señor, yo pensaba que él sabía más que yo, pero a luego luego tenía yo que darles clase a los alumnos.

La letra me sale muy bien. Yo me pegaba tortazos cuando no me salían las cosas bien, ¡de los berrinches que pillaba cuando no sabía las cosas! Yo estudiaba solo y luego mi padre me repasaba las cosas.

El carbón

De niño iba yo con mi padre a cocer leña en el monte. Esto era en invierno. Si quiere le explico como hacíamos el carbón de leña.

Pues, se necesitaba para hacer carbón un permiso al menos de un forestal, y si no, tenías la denuncia encima, y había que pagar lo que fuera, más o menos.

El sitio donde se ponía la carbonera tenía que ser llano. Si no había sitio llano, siempre se hacía donde más leña había. Con el pico y con el azón de roza teníamos que hacer el sitio. A lo mejor se pasaban veinte o treinta años sin cortarlo otra vez, pero una vez que se volvía a cortar, el antiguo sitio servía para otra vez. Estos sitios todavía hoy en día se pueden encontrar, se conocen por los trocitos de carbón mezclados en la tierra.

Por regla general, en un invierno se corta y en el invierno siguiente se quema.

Hay dos maneras para hacer el carbón: el horno y la carbonera.

La carbonera es larga, de unos doce a quince metros de largo y unos tres o cuatro metros de ancho, y unos dos metros de altura. En la carbonera se cuecen los despojos cuando se han cortado los pinos y se han llevado la madera. Pero el lentisco es distinto. Sirve para la lumbre. ¡Menuda leña esa! Nace en el monte. Por aquí ahora hay poco, porque lo cocían todo para carbón. La mejor leña que había era esa, da mejor carbón que el pino. La leña de lentisco es más corta y hay que hacerla en horno redondo. También se quema en él la cepa del lentisco.

El horno es redondo y se le da fuego por encima, y el fuego baja de arriba aba-



Pepe "Chiscales" en 1993

jo, y una vez que termina ya echan el fuego por dos agujeros que se le deja junto al suelo.

En el brasero si no tiene uno respiración, se asfixia. Y en el carbón pasa lo mismo, porque la leña no es quemada, es cocida. Y eso echa humo por dos coperos que se le abren encima de la carbonera. A la carbonera se le pega fuego por una punta, y conforme vaya el fuego adelantando, los copos se le van corriendo para adelante. Cuando ya termina, el fuego sale por la

punta por dos agujeros que se le dejan al suelo. Se ve salir la llama más dorada que las candelas.

Si la carbonera quema demasiado fuerte, sale ceniza. Por eso se iba vigilando, por lo menos cuatro o cinco veces durante cada noche y de día dos o tres veces. Para ver si quemaba bien había que pisarla. Si cruje el carbón, es que va quemando bien. Para que no se haga ceniza, para quitarle fuego, había que tapar los agujeros de arriba un poco.

Cuando el carbón estaba hecho, las burras tenían que sacarlo al cargadero de camión hasta la carretera, en unos cestos que se hacían entonces, que se ponía uno a cada lado del animal.

Una carbonera da veinte o veinticinco cargas de carbón. Una carga de burra pesa unos cien kilos. Cada día quema dos cargas de burra de carbón, así que para quemarla toda hacen falta unas dos semanas.

Teníamos nosotros nueve carboneras ardiendo, repartidas en varios sitios. Nosotros hemos cobrado la carga de carbón a tres duros. Tres duros no te daban para nada.

En resumen, el trabajo del carbonero consiste en:

Hacer la leña, juntarla, armarla, aterrarla, encenderla, vigilarla, descubrir la tierra, sacar el carbón, llenarlo en cestos y cargarlo a la burra y por último llevarlo al cargadero de camión.

Claro que no podíamos volver a casa durante ese tiempo. Se echaba hato y se

iba al monte uno y a lo mejor podíamos estar doce o quince días allí trabajando, mi padre y yo. Dormíamos a ratos, en una cueva, echando lumbre sin parar, y tapándonos con una manta.

El agua la buscábamos adonde estuviera, con cántaros que llevábamos en la aguadera de la burra. Se usaba para hacer de comer y para beber, y afeitarse de cuando en cuando, porque al cabo de unos días picaba la cara mucho ya y uno parecía un oso. Llevábamos un espejo y una maquinilla. Para ducha, ¡nada! Era más marrano el carbón que la siega. Parecía uno un negro o un tiznajo.

Para calzar no teníamos botas como hoy, todo era de esparto, las caras, las suelas. En los pies nos poníamos calcetines de lana, metíamos el pie en la esparteña y ya.

Cuando llovía, el que tenía paraguas, se lo ponía. Y el que no, nada. Teníamos sólo una muda.

Todo esto hace a lo mejor ya cuarenta años. Y luego vino el carbón de las minas que echó por tierra el de leña, y pronto llegó el petróleo y el gas.

*Letur, 19 de octubre y 30 de noviembre de 1995
(Pepe "Chiscales")*

La siega

Todos los años íbamos a segar una cuadrilla de Letur. Entonces no había máquinas ni tractores tampoco. Con los mulos tenían que hacer el barbecho y sembrar, y con ellos trillar también. Y para recoger la cosecha se

necesitaban muchos brazos, porque esto se hacía segando a mano, con la hoz.

El hombre que estaba encargado de reunir la cuadrilla, el manigero, al poder, cogía los mismos cada año. Estábamos deseando que nos llamaran todo el año, porque el mes de siega que echábamos era lo que ganábamos para todo el año.

El jornal, a diecisiete duros. Teníamos a lo mejor cinco o seis duros de gastos, para migas, cardos, la olla y el vino. Cuando volvíamos a casa de segar, entonces teníamos que dejar casi todo lo que traíamos a la gente de la tienda que nos había fiado cuando no podíamos pagar la compra. Poco dinero quedaba. Entonces teníamos que engancharnos a arrancar esparto por esos montes.

Cuando el trigo estaba por segar, nos llamaban, y teníamos que irnos andando. Para cada dos siempre iba una bestia, para llevar el hato, la ropa y la comida. De aquí a Orán tardábamos un día pasando por El Almarazán, Elche de la Sierra, Liétor, Pozohondo, Campillo el Hambre... Orán se encuentra entre Pozohondo y Albacete.

En la siega el que va el primero se llama el cortaor y el que sigue el golpero y todos los demás detrás. El manigero nos vigilaba, teníamos que estar todos a las órdenes de él.

La mies segada se ataba con ramales formando gavillas, que luego los del cortijo la acarreaban para llevarla a la era. Allí se hacinaban hasta el momento de trillarlas.



Una familia de Elche cogiendo esparto en agosto de 1981

¿Cuántas horas segábamos? Pues se trabajaba de sol a sol. Dos horas para comer y echar un rato de siesta. A la una a comer y a las tres a enganchar. El sol en este tiempo sale a las cinco o las seis, y se pone a las nueve. Esto hace trece horas segando. Dolía la espalda y los riñones.

¿Dónde dormíamos? Pues en el rastrojo, allí mismo donde estábamos segando. Y cuando llovía, ¡lo que Dios quería! Mojarnos.

¿Qué comíamos? Al levantarnos nada. Ni café, ni leche, ni chocolate, nada, ni pintado. Sobre las nueve nos reuníamos para almorzar. Antes de almorzar se echa-

ba una cola (un cigarrillo corto) un cuarto de hora. Esto eran nuestras pausas de recreo. Pues para almorzar, había migas con tajadas de tocino frito y vino.

Allí había un hatero, también de nuestra cuadrilla, que iba con la bestia a comprar el hato. Y había también un rancharo que era el encargado de hacer la comida. Estos dos cobraban igual que los demás. El rancharo hacía el fuego con sarmiento de parra en unas piedras puestas como trébedes. Para comer nos hacía una olla, y oscureciendo patatas fritas.

Comíamos debajo de una carrasca, si pillaba cerca, y si pillaba la carrasca lejos,

al sol. El sol quemaba mucho y sombra no había, salvo unas carrascas allá en los campos. Teníamos sombreros de paja.

¿Y qué bebíamos? Pues agua. Allí hay norias que sacan el agua con mula, con alcaúces. La mula la ataban a la rueda. Llevaba los ojos tapados, y mire Ud. que espabilada, la mula no paraba. El amo estaba lejos como de aquí a La Cruz Blanca, y la mula dando vueltas. Cuando llegaba el amo la paraba para descansar. Nosotros bebíamos agua de ésta, en cántaros y botijos que nos traía.



Una vez un compañero por descuido me cortó el tendón del dedo gordo del pie izquierdo. Entonces el amo me tuvo que llevar a Albacete en su moto al hospital y yo detrás sangrando.



¿Y para lavarnos? Nos lavábamos si acaso teníamos agua. El que iba a por agua sí que se podía lavar en la acequia, los demás no. No íbamos a gastar el agua que nos llevaban para beber. Podíamos tirarnos un mes sin afeitarnos, ¡hechos unos gitanicos íbamos!

Tampoco podíamos lavar nuestra ropa. A lo mejor para un mes llevábamos dos o tres mudas, y todo esto nos lo llevábamos

a casa. Entonces las mujeres que estaban allí lo tenían que lavar. Era muy trabajoso lavar aquella ropa, que estaba tiesa de tanto sudor y quemada del sol.

¿Y médico? Médico no había, ni enfermera. Si te daba un dolor, te daban una manzanilla y aceite crudo, y ¡tirando!

Una vez un compañero por descuido me cortó el tendón del dedo gordo del pie izquierdo. Entonces el amo me tuvo que llevar a Albacete en su moto al hospital y yo detrás sangrando. Y allí ya me curó el médico y estuve veintinueve días y medio con la baja. De tres partes, lo que ellos, los segadores ganaban, a mí me daban una parte de baja, más la comida del hospital. El amo tenía que pagar al médico y la baja mía.

En Orán nosotros íbamos ciento veinte hoces (hombres con hoz). El amo: Don Mateo Sánchez. De Pozohondo, un manigero, de Ayna otro, y de Letur otro.

En una sola finca a lo mejor se echaba un mes de siega. Entonces nos veníamos a casa, a Letur. Y entonces yo me iba a la Sierra y a lo mejor echaba quince o veinte días yendo de un sitio a otro.

Un año nos fuimos, mi padre y yo y otros dos, a rumbo perdido, a la siega de abajo, a Lorca. Echamos veintidós días con pan de cebada y habas cocidas. Nos vinimos a casa y estuvimos dos días, entonces salimos para Puertollano, cinco días y medio andando, cada día doce o catorce horas andando, con nuestras esparteñas.

Salimos de aquí a Villanueva de la Fuente, pasando por Las Fábricas de Riopar, La Virgen de Cortes, Los Hornos, Valenzuela, Torrealba, Manzanares, Solana, y ya a Puertollano, al pie de Sierra Morena.

Una vez allí donde teníamos que segar el pedazo, el primer día, cenando nosotros y los lobos al lado. Por cierto el amo empuñado que teníamos que dormir en el corujo, y nosotros cabezones que no. ¿Y por qué? Nosotros nos quedábamos en el pedazo para que los animales comieran grano, de lo que se estaba segando, trigo, cebada, avena. Unos amos nos dejaban que echáramos comida a los animales, gavillas de trigo por ejemplo. Pero si el amo no nos dejaba, se echaba a escondidas, de noche. Atábamos los animales y allí comían toda la noche. No los dejábamos solos para que no se soltara alguno y se perdiera, o que los atacaran los lobos.

Dormimos tan solo una noche en el pedazo, y no nos pasó nada gracias a una perra blanca que llevábamos que estuvo toda la noche luchando con ellos. Y tuvimos que estar toda la noche echando lumbr para que no se acercaran a nosotros.

El lobo le teme al fuego y a las fajas. Aquellas fajas que había antiguas, la echaba uno a rastro y ya no se acercaban, porque la anilla que lleva la faja a su extremo, suena, y esto les asusta y no se acercan.

Las otras noches dormimos en el corujo, y el amo mismo les echaba a los animales en la cuadra.

Terminamos allí y nos vinimos por Alcaraz, Vianos, a casa. En Vianos echábamos cuatro días.

Esto lo hacíamos año tras año. La primera vez yo tenía diecisiete años. La siega me se daba muy bien; es decir, que no me ha perjudicado la salud para nada. Estábamos más fuertes que hoy. Además que la siega me ha gustado mucho. He cantado mucho y gastado bromas, sin pelearme con ninguno y siempre contento.

Diciembre 1993 (Pepe)

Cuando volvíamos a casa descansaba uno, dos o tres días. Entonces se hacía baile en cualquier casa y allí se reunían veinte o treinta y bailaban. Se echaban juegos, se jugaba a la gallina ciega y se jugaba al anillo, y una vez hartos de bailar se hacía cuerva y entonces se liaban a cantar. Y un señor tocando la guitarra o el laúd. Y todos a la buena fin, como si fuera familia, éramos como hermanos.

Eso también se hacía en invierno y en los nevazos mucho más porque no se podía salir a ningún sitio.

Entonces no había agua en las casas y las mozas iban al pilar con los cántaros. Y los muchachos íbamos detrás de ellas. Y entonces cuando se hacían novios, lo primero que teníamos que hacer, contar con los padres de la novia. Y ya trato hecho. Y si quedaba mal con ella tenía que decirlo a los padres por lo que había sido.

Cuando se ponía uno novio, siempre estaba la madre delante de la hija, no era como hoy. Había mucho más respeto por todo que hoy, porque hoy no hay ninguno.

Pues **el esparto**. Esto era en Las Juntas. Es el lugar donde se juntan el río Taibilla con el río Segura. Allí hemos tenido en propiedad nuestra, una parte de tierra y esparto. Y mi padre y yo, que era el mayor, nos íbamos allí. Nos llevábamos una miajica de hato y dormíamos en la choza, hecha con muros de piedra y cubierta de romero y barro.

A los animales que llevábamos, a lo mejor se les segaba una miaja pasto o lastón (hierba silvestre). También ellos solos se buscaban la vida en el monte con lo que podían pillar.

Una vez a mi padre –entonces yo estaba en el servicio en Albacete– se le perdieron los burros y a los cuatro días los encontró aparejados. Ellos comían allí. Los llamó y vinieron.

Ahí estábamos de continuo hasta que se secaba el esparto. Nos costaba un mes y medio. Veníamos a casa cuando se acababa el hato, o bien íbamos a Juan Quílez y mi tía Manuela, pos lo que tenía, nos daba también.

En Las Juntas mismo teníamos nosotros un balsón, lo menos como una arroba de peces. Los peces los pescábamos en el río y los poníamos en la balsa para tener que comer. Una vez la nutria se lo comió todo. Y los peces que comíamos, por no tener aceite nos los teníamos que comer siempre asados.

Letur, invierno 1995
Pepe “Chiscales”



GITANOS

A Frasquito el gitano lo conoce todo el pueblo. Él y su familia vivían en una cueva en El Llánico Perales. Los padres ya eran mayores y sus hijos iban y venían a la manera de los gitanos. Nosotros entonces vivíamos en el cortijo “Lloroven”, debajo del Llánico Perales.

Una noche de primavera, ya acostados en nuestro cortijo, nos despertamos asustados por unos golpes a la puerta: “*Ábreme la puerta, Aurorica, por el amor de Dios*”. Y mi madre, conociéndolo por su voz que era el gitano, antes de abrir preguntó qué le pasaba, y contestó: “*date prisa, que mi hija está pariendo y está muy mala*”. Y mi madre: “*¿Por qué no buscas la partera del pueblo, la Isabel?*”. “*No puedo, por favor ven tú, que a mi hija la están buscando los Civiles, que se escondió con nosotros, porque su marido está en la cárcel*”.

Entonces mi madre le abrió la puerta temblando por la situación en la que se encontró metida: si no lo amparaba, malo. Si lo amparaba, peor. Porque si le pasaba algo a la criatura, era ella la responsable y no tenía autorización para partera...

Pero no había tiempo que perder. Dijo: “*Sea lo que Dios quiera, voy*”.

Cogió todo lo que necesitaba: tijeras, cordones, trapos, una zafa, y subió a la cueva con el Frasquito. Allí encontró una situación fatal. Ni agua tenían, había que buscarla a la acequia más cerca. No tenían lumbre ni cama. La muchacha estaba tirada en un aparejo de burro, el respaldo en una piedra, pariendo. Salió el niño morado, medio asfixiado. Con suerte y la ayuda de Dios y de la señora Aurora, se salvó.

Desde entonces sigue nuestra amistad con esta familia gitana. Dejaron la cueva cuando ya se retiraron todos los gitanos de por aquí. Había muchos entonces, sobre todo en San Antón y La Dehesa. Vivían en todas las cuevas y también al aire libre, donde pillaban un resguardo; debajo de un árbol o lo que fuera, se amparaban. Allí hacían sus canastillas. Tenían muchos hijos y pasaban hambre. Buscaban su vida como podían. No eran todos malos, pero muchos iban por la huerta y todo lo que veían lo cogían.

Para tantos no había vida por aquí y la Guardia Civil los apretaba mucho. Se fue-



Las Cuevas en El Llanico Perales

ron por la parte de Hellín y también a Elche de la Sierra. Por los años cincuenta ya no se veían gitanos por aquí. El plástico había aparecido en el mercado y las canastillas ya no se vendían. Ahora los gitanos se dedican a la compra y venta de ropa, retales y cosas de segunda mano. Compran en las ciudades y van a todos los mercados de pueblo.

Habían pasado muchos años. Un día en una panadería de Elche de la Sierra, veo aquella chica gitana y le digo: “¿No se llama usted Ludi?” y ella dice: “No, no me llamo así”. Pero yo, porque le parecía tanto y tenía esta pinta de la familia de la cueva que a mí no se me borró, insistí pregun-

tando: “¿Pero no es usted la Ludia, la del Frasquito, de la cueva del Llanico Perales?”. Entonces ella me preguntó: “¿Pero quién es usted?” Y yo: “Soy la Aurora, hija de la Aurora que ayudó a a nacer a tu hijo.” Entonces ella se me tiró al cuello y dijo: “Te tengo que besar, porque quería mucho a tus padres”. Me contó su vida y me invitó a su casa.

Letur, marzo de 2000 (Aurora)

Gitanos y guardias civiles

Cuando yo era niña y vivía en Los Pradillos solían ir por los cortijos muchas familias de gitanos, acompañados de sus animales.

Entonces se trabajaba mucho con los animales, y los gitanos eran los que compraban y vendían o cambiaban caballos, mulos y burros. Eso era su oficio. Para que comieran, los llevaban a las orillas del río y de los caminos, a la era, o en los ribazos de los arrozales.

Las mujeres hacían canastas blancas, de salga pelada en verano, y sin pelar, de salga o mimbre, en invierno. Cogían su material en los cauces de los arroyos y del río. Llevaban un cacharro metálico como un cubo, para quemar azufre. Al humo de azufre colgaban sus canastas blancas. Lo veía pero no sabía porqué lo hacían.

Cambiaban sus canastas en los cortijos por pan, aceite, patatas y legumbres para su comida.

Los gitanos llegaban en grupos familiares, no se sabía nunca cuándo ni de dónde venían. Acampaban con sus bestias varios días en La Tinada de Raspa. Para lavar iban a la acequia o al arroyo y buscaban aguas con un cubo. Subían al monte para buscar leña para hacer la comida. Ponían tres piedras y la sartén encima. Cazaban ranas y topillos y pescaban peces.

Para soportar el mal tiempo del invierno se metían en las tinadas donde en estas temporadas no había ganado, y hacían allí sus canastas.

Dormían al lado de sus animales en colchones de paja. Nada más llegar iban pidiendo de casa en casa para llenar de paja sus colchones de ropa. *“Dame un puñalco*

de paja para acostar mis churumbeles” decían, y la ponían tan rápido que sorprendía en gente con fama de ser gandul. Se hizo de ellos un refrán que dice:

*“Si quieres ver trabajar
mete un gitano en el pajar”*

“

Un cuñado de un tío mío, payo por supuesto, se hizo Guardia Civil, y llegó un gitano que había jugado mucho con él, y al ver la fotografía que había colgado la madre del hijo en su casa vestido de uniforme, se quedó el gitano mirándola y diciendo: “¡qué lástima, tan bonita persona que era el Juan, y él solico se ha echao a perder!”

”

Eran muy pícaros.

En Los Pradillos pedían hasta ponerse pesados. Las mujeres leían la mano diciendo: *“Te voy a decir la buena ventura”*. Pero no robaban nada. En esto les podíamos tener confianza.

Engañaban todo lo que podían. Sabían un montón de trucos al vender los animales. Si el animal era cocero (que daba patadas), decían que era manso. Si era lento,



Una gitana en el mercadillo de Letur, en el año 2000

se montaban y disimulando le pinchaban en las cruces (entre los omoplatos) y así el animal corría, porque le molestaba. Si era viejo, le quitaban años (como hacemos las mujeres). No nos podíamos fiar mucho. Siempre querían vender mucho más caro de lo que lo habían comprado.

Mi padre, cuando hacía un trato con ellos, les decía: *“Prefiero que me engañéis en el dinero que en la bestia”*.

A nosotros, los niños de los cortijos, nos alegraban, que eran simpáticos con nosotros. Y siempre iban cargados de sus churumbeles que por cierto estaban muy

vivos y alegres. A nosotros nos gustaba jugar con ellos. Ellos sabían más juegos que nosotros. Jugábamos a la rayuela, las pedretas, y nos enseñaron a jugar a los carros de nueces.

Cada niño hizo su carro, poniendo cuatro o cinco nueces, con mucho pulso, una encima de la otra, tres en la base y las otras encima.

Luego cada niño tiraba en su turno dos tejos, y el carro que él derribaba era suyo. Mucho tino se necesitaba para esto.

Para saber el que tenía que empezar se hacía una raya a una distancia de unos cin-

co metros de donde estaba la fila de carros. Desde las nueces cada uno tiraba su tejo a la raya y él que estaba más cerca empezaba a tirar, y así seguido en el orden de la cercanía a la raya.

La mayoría de las veces los gitanillos ganaban y se llevaban las nueces para su cena.

Aunque había familias muy honradas entre estos gitanos, ellos tenían mala prensa de ladrones y de mala gente, y estaban muy perseguidos por la Guardia Civil. Si ocurría una cosa sospechosa, siempre los culpaban a ellos.

La pareja de la Guardia Civil solía pasar por Los Pradillos por lo menos una vez a la semana, y siempre preguntaban que si habíamos visto a gitanos. Y nosotros siempre lo negábamos. Temíamos más a la Guardia Civil. Para asustar a los niños los mayores decían: “*Si no eres bueno, llamaremos a la Guardia Civil*”. Pero a los gitanos los considerábamos como amigos y los protegíamos.

Un cuñado de un tío mío, payo por supuesto, se hizo Guardia Civil, y llegó un

gitano que había jugado mucho con él, y al ver la fotografía que había colgado la madre del hijo en su casa vestido de uniforme, se quedó el gitano mirándola y diciendo: “¡qué lástima, tan bonita persona que era el Juan, y él solico se ha echao a perder!”

Los gitanos tenían entre ellos como un pacto y un jefe al que respetaban. Este era el Sebastián que vivía con su familia en La Era del Rosal, donde ahora hay una carpintería, como un vecino más del pueblo. Él les decía a esas familias ambulantes que no quería escuchar ninguna queja.

El Sebastián era muy honrado. Una vez a mi padre, cuando se subió a la burra para cruzar el río, se le cayó la petaca sin darse él cuenta. En la otra orilla se cruzó con el Sebastián y se saludaron. Al otro día el Sebastián llegó a nuestra casa preguntando por mi padre y cuando lo vio le dio la petaca: “*La vi en el suelo y pensé que era tuya, porque eras la última persona con la que me crucé ayer*”. Y los dos, muy contentos, echaron un cigarro sentados allí juntos.

Letur, febrero 2000

Práxedes



VIDA EN UN CORTIJO A MEDIAS

Habla Julio:

Aquí en la Alberquilla vivían cuatro familias, y cada una llevaba su tarea. Una se preocupaba de su rebaño, su ganado, otra de las labores de su tierra, otra de sus olivares, a recoger la oliva, y de la viña, que había viña aquí. Aparte había aquí otra familia, la del guarda jurado que se dedicaba a vigilar la finca.

La tierra la teníamos a medias. El amo “partía”, se llevaba lo que le tocaba del grano, de la oliva, del aceite. Tenía también el dueño de la finca un par de mulas y un mulero; él le labraba. Lo que no hacían los labradores lo hacía el amo por su cuenta.

Hace precisamente treinta años (1965), el día siete del mes de los Santos vinimos aquí, que yo tenía cuarenta años, casado y con cuatro hijos. Vinimos como labradores a ocupar la casa de abajo donde está la bodega y la prensa de vino. Los que vivían allí antes de nosotros se ocupaban de la viña, pero ya quedaba poca viña, estaba perdida, y la prensa no se usaba.

Cuando nosotros vinimos aquí, el amo tenía un pastor al que le pagaba. Lo que salía del ganado era para el amo. Al año

de estar nosotros aquí, quitó el pastor y nos dio a nosotros las ovejas a medias y entonces, si sacábamos cien corderos, eran cincuenta para el amo y cincuenta para nosotros. El ponía los pastos y nosotros el trabajo.

Antes, la mano de obra no contaba como ahora. No conocíamos otra cosa, no había trabajo en aquellos años, había hambre y la gente se tenía que conformar con lo que había. Entonces buscaba el amo, para cavar la oliva, vamos a suponer, un jornalero y le pagaba ocho o diez pesetas al día. Poco podían hacer con esto.

Como labradores nos llevábamos la mitad de las cosechas y luego también del ganado, eso era suficiente para comer nosotros y para comprar las pocas cosas que no podíamos producir nosotros mismos. Comprábamos casi nada, la ropa que necesitábamos, arroz, azúcar, café, pero no mucho.

El que estaba colocado en una finca como ésta, recogía para comer y vivir con su familia.

Las Casas, Dehesa de Letur, marzo 1995

Julio



El cortijo de La Alberquilla

Habla Iluminada:

Donde me he criado, en El Sabinar, una aldea cerca de Pedro Andrés, nos tuvimos que marchar porque allí no quedaba cristiano y nosotros nos fuimos también, porque mi padre, pobre, se murió y mi madre, ya sin vecinos, no quiso quedarse. Yo tenía entonces veinte años, era la que sigue a la mayor, fuimos tres hermanas y un hermano.

Entonces me fui a vivir con Julio, a un sitio que le dicen El cortijo Rojo, eso cae más arriba de Pedro Andrés. Mi marido tenía una hermana en La Dehesa que nos dijo que había un cortijo libre en La Al-

berquilla, y nos fuimos allí, ya con los cinco hijos nacidos.

Usted me pregunta cómo se vivía en un cortijo en aquel tiempo. ¡Pues trabajando mucho!

No teníamos luz cuando nos vinimos. ¿Sabe Ud que son pabas? Servían para alumbrarse, pero no era un candil, porque el candil se parece a una sartén y la paba a un botijo. El candil se quedaba colgado en la cocina o la habitación, mientras que con la paba se podía ir al sitio que se quería, y no se apagaba tan fácilmente. Le echábamos un mecha hecha de un trozo de ropa vieja de algodón igual que a los candiles.



Julio e Iluminada en 1995



La cocina abandonada

También se usaba la hoja seca de una planta, la yesca. También teníamos quinqués para salir a la calle o al corral, eso iba con petróleo, y linterna de cristal.

Ahora el tema del agua

Cuando yo vivía en el cortijo de abajo, entonces con un cubo traíamos agua de la fuente de arriba y la echábamos en los cantaros de la cantarera, y de allí la echábamos, en las zafas para lavarnos cada día la cara y las manos, y en el caldero o la olla para cocinar a la lumbre. Yo tenía una latica vacía de aceitunas que le puso el hombre un asa, y la tenía siempre a par de la lumbre para tener agua caliente para cuando la necesitábamos.

Los sábados por la noche traía un barreño a la cocina y allí se duchaban todos, hombres y mujeres por separado, echándose el agua por encima, como una ducha.

Para lavar la ropa, el barreño no valía. En la fuente hay una pila de lavar y allí lavábamos las vecinas. Para tender, donde mismo se lavaba, en una sogá de esparto; eso no mancha ni se estropea. El jabón lo hacíamos con aceite pringue y sosa.

Ahora le voy a explicar como nos vestíamos.

¿Zapatos? Entonces no llevábamos zapatos. Llevábamos alpargatas, esparteñas. Las hacía el hombre con suelas de esparto. Aquí era esa costumbre, el esparto lo trabajaban los hombres. Pues el Julio buscaba el esparto, lo cocía, lo picaba, ha-

cía las cenejas y las cuerdas y cosía las suelas.

En invierno hacía frío, llevábamos calcetines en las alpargatas. Los hacíamos las mujeres con agujas de **la lana** de nuestras ovejas. Entonces la lana de las ovejas era mejor que hoy, que ya no sirve para hilar.

Unos esquiladores venían a esquilar las ovejas, luego lavábamos la lana en una canasta que poníamos en la fuente. Para que se secase la tendíamos en unas mantas retaleras. Luego la cardábamos con unos peines y la hilábamos con una rueca o con el huso. Y con el devanadero hacíamos las madejas. Hacíamos los calcetines, y también jerseys. Los colchones de las camas se llenaban también con lana.

La tela la teníamos que comprar, porque mi telar, el que yo tenía de joven, lo dejé en nuestra tierra, más allá de Nerpio; era viejo y cuando nos marchamos lo más feo lo dejamos allí, y así el telar se quedó.

Para coser vestidos y también pantalones de hombres, chalecos, camisones, yo tenía una máquina de coser y la tengo todavía, se mueve con el pie.

Cuando vivíamos en La Alberquilla, los niños eran pequeños. No había ni teléfono ni coche. Cuando un niño se ponía malo, teníamos que arrear con un animal a Letur a buscar el médico. Y si no podía venir el médico, teníamos que arrear con el niño al médico. Yo también me subía a la mula, a manera de mujeres, de lado, en el aparejo, sin silla; es incómoda la silla

para ponerla, corre prisa cuando tienes un chiquillo malo.

Para los niños había en Las Casas un colegio, allí iban a aprender a leer y escribir.

Otro tema: **La Iglesia**. A mí me gusta ir a misa todos los domingos, me encanta. No es por distraerme o ver a la gente, tengo yo esa religión de rezar, el cura no te da mal consejo. Si no venía el Julio y los niños, iba yo sola. Teníamos que ir andando

hasta Las Casicas. Venía el cura de Letur.

Dejamos de vivir en La Alberquilla hace ocho o nueve años, porque las hijas querían venirse donde estaba la gente joven, y compramos esta casa y montaron el bar. Los otros vecinos ya se habían ido antes.

Aún viviendo en Las Casas, seguimos cuidando las tierras de La Alberquilla, Julio el ganado, y el hijo las tierras.

Las Casas de La Dehesa, octubre 1995

Iluminada



EL MAESTRO ITINERANTE

En su taller de la Calle Animas está charlando Blas el zapatero con Anelís, la alemana. Dice el Blas: *“Cuando se habla de alumbrado y de teas, me acuerdo de cuando daba clase con la lumbre de tea”*. Se asombra la Anelís: *“¿Cómo eso? Yo pensaba que eras zapatero”*. *“¿No sabías tu que en otros tiempos yo era maestro particular, o maestro itinerante?”* *“Cuéntame eso”* pide la alemana, y así fue. Ahí está la historia de Blas, el maestro itinerante:

Cuando yo era joven, había falta de maestros, porque no había posibilidades de colegio en las aldeas. Y en los pueblos tampoco los enseñaban bien, porque los maestros no se preocupaban de los niños. Entonces los padres tenían que recurrir a unos maestros particulares sin título. Ellos se empeñaban bien, porque les pagaban directamente y ya se preocupaban los maestros de enseñarles a los niños mejor.

A mí se me daba muy bien eso. Tenía veintiseis años. Antes mi oficio fue esquilador de bestias, que lo aprendí con mi abuelo en Yeste. Entonces pasaba yo de cortijo en cortijo y siempre cuando lle-

gaba para esquilar, los niños llegaban corriendo. Me querían mucho porque les contaba muchas cosas. Veía yo que tenían muchas ganas de saber y nadie les enseñaba. Entonces me dejé de esquilador y me puse de maestro particular.

El primer sitio donde estuve de maestro fue en Sorbas, en el año 48. Y recorría todos los días a pie desde Sorbas a Los Riberos, Casa Quemada (hoy en ruinas) y Las Casicas (también en ruinas, en una colina donde hay sepulcros prehistóricos). Dormía en Sorbas, en una casa de un alumno donde tenía una habitación. En otra casa de Sorbas daba las clases, los críos sentados en sillas, escribiendo en una carpeta sobre las rodillas. Había siete niños en total, dos subían del Nevazo.

A las ocho de la mañana les daba una lección y después de almorzar me iba a Los Riberos. Allí había dos y acudía una niña de Casa Quemada, la que hoy hace el pan casero en La Guardia. En las Rejas no había niños. Comía allí en la casa de un alumno el día que me tocaba, cada día en un sitio diferente. Y al comer les daba la otra lección.



Las Casicas

Entonces me iba a Las Casicas, donde ya me esperaban los otros alumnos para darles una lección, y yo ya a descansar un ratico. Y a la noche, que en invierno llegaba pronto, les daba la otra lección. Allí dormía. Al día siguiente por la mañana, les daba la otra lección antes de emprender la marcha para el otro sitio.

Les daba una hora aproximadamente dos veces al día. Cuando solamente daba una lección por las mañanas, para no volver hasta el día siguiente, esta lección era más intensiva, para que todos aprendieran igual.

Empecé en estos cortijos de La Fuente de la Sabina el 1 de enero del año 1948 y

terminé el último de junio del mismo año. En estos seis meses los que eran analfabetos aprendieron a leer y escribir y las cuatro reglas de cuentas. Un día que fue Don Paco, el médico de Letur, dueño de Sorbas, a ver mi clase, se quedó asombrado al ver los niños que hacían cuentas de dividir de veinte cifras.

Como en invierno hacía frío, poníamos lumbre y los niños se encargaban de traer la leña. Cada uno, cada mañana llegaba con su carpeta y con sus tres o cuatro palicos de leña debajo del brazo. Para alumbrarnos había pabas de petróleo o candiles de aceite o quinqués.

A los mayores les daba unas dos horas antes del amanecer y otras dos o tres a la tarde, hasta las once o doce de la noche. ¡Tenían un sueño! Pero aguantaban. Con ellos venían los niños de siete a nueve años que tenían que irse después a guardar cabras. Así tenía yo dos grupos en la misma aula: los niños que iban en una escala y los mayores que iban en otra.

Para enseñar tenía dos libros, uno explicativo que se llamaba “El manual del maestro”, y otro práctico que se llamaba “Soluciones y analítica”.

Además había dos muchachas. Eran de padres ricos y no tenían que guardar cabras. Ellas venían de nueve a la una de la mañana y de tres a siete de la tarde. Estaba yo solo con ellas que eran ya desarrolladas, con sus tetas. La una, que se llamaba Ignacia, tenía unos trece años, y la otra Benilde, que estaba enamorada de mí. Me traía cada día aguardiente de su casa en una botellita escondida debajo de su mandil, y más cosas que ahora no voy a contar. Yo dejaba la hoja de la puerta abierta, y de vez en cuando notaba una sombra y sabía que me estaban vigilando para que no hiciera nada a las muchachas. Pero yo, cuando ejercía una profesión, lo hacía siempre lo mejor que podía. Respetaba a las chicas como si fueran hijas mías.

Me daban por cada alumno quince pesetas al mes, y de comer en las casas y dormir en la casa de la abuela. No tenía gastos. Bar no había entonces, hacían vino

todos en su casa. Me traían vino y aguardiente y me obsequiaban de todo lo mejor que había.

Los ratos que tenía libres de la escuela me dedicaba a la barbería, les afeitaba y les cortaba el pelo a todos, así no tenían que ir a la barbería de Molinicos, los sábados. Eso de la barbería yo lo aprendí en la mili. Y cuando llegaba el tiempo de pelar las bestias, también las pelaba, como yo era esquilador. Estaban los hombres muy contentos conmigo, porque lo sabía hacer todo y no faltaba a nadie.

Desde Sorbas, cuando llegó la siega, me fui a Albacete y eché treinta días de siega, y hasta el invierno fui a esquilas yendo de cortijo en cortijo, tal como estaba acostumbrado.

En enero del año 49 me fui de maestro a Los Collados, del municipio de Molinicos. En esta aldea vivían unas ciento veinte personas. Estaba todo poblado, los cortijos, las aldeas, todo. Mi padre que era carbonero, había estado haciendo carbón en Los Collados y tenía grandes amistades allí. Así fue que me pidieron que viniera a enseñarles como maestro particular. Empecé el día 1 de enero de 1949 y terminé el 1 de junio, no llegó a seis meses, porque me tuve que ir a segar.

Reunía veinte alumnos. La clase la daba en una casa de planta baja que pertenecía a la abuela María, ella vivía en otra casa arriba, y allí es donde dormía yo en una habitación. Por el aula ella no cobra-



Haciendo la raya con las tijeras

ba nada. Esta era una cocina grande y un dormitorio que no servían. La puerta era de dos hojas, servía también de ventana. Dentro nos alumbrábamos con teas de pino o de candiles de aceite. Pero más con teas porque allí había pocos olivos y mucho monte. Luz eléctrica no había en Los Collados.

La tea se sacaba de unos pinos que se llamaban turcos y todo el tronco por dentro es de tea. Los maderistas no quieren madera turca por su gran contenido de tea, no vale para muebles ni construcción. La tea se forma justamente en estos pinos que crecen en la piedra, con poco alimento, y se quedan “enratonados”, es decir raquíti-

cos. No vale nada más que para lumbre. La gente cortaba los troncos en piezas del largo de teas, o sea unos treinta centímetros, y los troceaba en tiras anchas de una muñeca. La tea se raja muy fácilmente. Estas teas se guardaban siempre al lado del humero aparte de la leña para el fuego. Para encenderla las ponían en un poyo que se encontraba en la pared del humero. Eran esos humeros enormes como en la casa del Zapa en El Alto, o la casa de Los Lirios en La Cuesta de Los Lirios. Así el humo que echaban se iba directamente arriba por la chimenea.

Para poder ver bien, los chiquillos se acercaban con sus sillitas en un círculo estrecho, a la vez que se calentaban con la lumbre. Así es que yo daba clase a la luz de tea, ¿ves?

En Los Collados la tea también servía para ir por las calles, de noche, o al campo para regar, o de una aldea a la otra. Entonces colocaban astillas de tea en una sartén vieja con rabo largo para no quemarse, y unos agujeros en el culo para que le dé el aire y caiga la ceniza. Y con esta sartén en la mano, como si fuera una antorcha, se alumbraban en su camino, a veces grupos enteros que iban de baile a un cortijo alejado. A las chicas las acompañaban hasta las madres para no dejarlas solas.

Habían puesto sillas bajas en el aula, eso era todo. Ni mesa había, ni pizarra, ni nada. Sobre una tabla de caja de sardinas empentada en las rodillas tenían que es-

cribir los alumnos, los tinteros puestos al suelo. Que era una cicha en aquellos tiempos. Yo les ponía muestras en su libreta a cada uno y las iban copiando.

Por la mañana, antes de amanecer, acudían los mayores que luego tenían que ir a trabajar. Eran unos dieciocho zagales y zagalas, hasta algunos tenían mi edad. Eran analfabetos y tenían mucho afán en aprender y aprovechar de que hubiera un maestro en el pueblo.

A mí no me faltaba nada, a pesar del hambre que se pasaba en general en todos los sitios, en la posguerra. La vida estaba muy mal, y en las familias numerosas, la cosecha no bastaba para alimentarse todo el año. Dinero no había. Voy a contar una cosa que va a ilustrar del hambre que había:

Un vecino de enfrente de la escuela, un hermano del Eliodoro y de la Encarna, se fue a Molinicos con una carga de leña para venderla, y le encargué que me trajera medio litro de vinagre para hacer ensaladas. Es que me gustaba mucho la ensalada y la abuela no tenía vinagre. El pobre, cuando regresaba de vender la leña, no había comido en todo el día. Cuando pasó por mi casa, me dijo, con una cara cohibida como si lo fuera a renciñar: *“Mira, Blas, aquí tienes el vinagre, pero perdona, Blas, que tengo que decirte que me he bebido la mitad, porque tenía mucha hambre”*. Al ver este hombre con tanta pesadilla me dio lástima y le dije: *“¿Por*

qué no te lo has bebido todo, si lo necesitabas?” Y quedamos amigos.

En Los Collados estaba yo tan a gusto como un niño entre brujas. Tenía veintiséis años, sin novia. Las chicas allí estaban todas chifladas por mí. Hacíamos baile casi todas las noches en las casas de las muchachas, con el fin de controlar los padres a sus hijas. Estaban las muchachas sentadas todas juntas, y los muchachos en frente. Y cuando me levanté para sacar una muchacha a bailar, ya se venían dos o tres diciendo que las había mirado a ellas y que les debía un baile. Así no paraba yo de bailar.

“

Así lo hacían todas las que se “juntaban” con su novio: para obligar a sus padres a consentir, se escapaban de noche de la casa de sus padres, muy despacio, tirando su ropa metida en un saco de tela por la ventana, y se iban con su novio.

”

Había en Los Collados una chica que se llamaba María. Era de unos padres de los más ricos de la aldea. Tenía diecinueve años, una hembra de estas superior, de lo mejor que había en la aldea. Era buena chica, y sabía leer y escribir, que le habían puesto a ella un maestro particular.

Nos enamoramos los dos. Pero una vez que los padres se enteraron, el padre le prohibió que bailara conmigo y ordenó a la madre que me vigilara. Pero era en el baile solamente donde nos podíamos ver y hablar y en la fuente, si iba ella a por un cántaro de agua.

Entonces hacíamos un simulacro, un amigo mío y yo y las chicas. Ellas, como estaban avisadas, se pusieron a bailar juntas, y nosotros íbamos a sacar a bailar yo a la novia del otro, y el amigo a la mía. Pero en este momento, como había poca luz, la madre no se dio cuenta de que las chicas se cruzaron y cada una bailaba con el suyo. Así podíamos bailar, una pieza sola, y hablar un poco. En estos momentos del baile, la María me daba la carta que tenía escondida en el seno, porque nos entendíamos casi solamente por cartas. Cada día me escribía y yo le contestaba.

Cuando no había baile, nos hizo de mensajera una futura cuñada suya, llamada Juana Antonia, que era novia de un hermano de la María que era un poco cojo. Él no sabía nada de la versión de nuestro noviazgo y no tenía que saberlo.

Una vez que estaba yo escribiendo una carta en el colegio, ese hermano, el cojo, se asomó a la media puerta, y rápidamente yo escondí la carta debajo de unos papeles para que no la viera, porque era para su hermana. Pero él me dijo: “*Enséñame esta carta que estás escribiendo*” y yo le dije que eso no se podía preguntar que era



Blas como esquilador en los años noventa

cosa privada y no le interesaba lo que yo estaba escribiendo. Se enfadó conmigo y se fue mosqueado, sospechando que la carta era para su hermana y que ella y yo teníamos algunos secretos.

Después de todo esto, cerca del mes de junio, le escribí una carta a la María preguntándole que qué íbamos a hacer con el noviazgo, porque me iba a ir de la aldea. Y ella me contestó otra carta diciéndome que estaba dispuesta a irse conmigo, que ya nos pondríamos de acuerdo cuando viniera yo de la siega. Me indicó también que tenía que venir mi madre con-

migo a por ella, y que le anunciara que veníamos, tirando un cohete en “El Collado de Yeste” que es muy cerca de la aldea, a la otra parte del arroyo. Esta era la señal para estar preparada ella con su ropa y sus enseres.

Así lo hacían todas las que se “juntaban” con su novio: para obligar a sus padres a consentir, se escapaban de noche de la casa de sus padres, muy despacico, tirando su ropa metida en un saco de tela por la ventana, y se iban con su novio. También era costumbre que algún pariente de la familia acompañara al novio, para que

fuera la cosa seria, para tener seguridad ella que luego se casarían por la Iglesia. Una vez escapada la hija, los padres, ¿qué iban a hacer?, pues conformarse. La hija ya no la iban a recibir deshonrada, se tenía que casar. Entonces el sacramento de matrimonio de la Iglesia le devolvía la honradez.

Ahora viene lo más importante. Me dijo en aquella carta que cuando viniera de la siega que le escribiera una carta diciéndole la noche cuando iba a recogerla y que le mandara una fotografía mía.

Efectivamente, al volver de la siega que era a principios de septiembre, le escribí una carta diciendo que estaba de vuelta y que ella me indicara la noche que quería que fuera a por ella, y que mi madre estaba dispuesta a venirse conmigo, a pesar de no haber medios económicos para poder estar nosotros en mi casa, la de mis padres. También puse mi foto que ella me había pedido, y dirigí esta carta al padre de la Juana Antonia para que se la diera. El padre mismo, el Ceferino no sabía leer.

Se pasaron quince días y no recibía la contestación, y me preocupaba. Y a los veinte días recibí la carta de ella. Lo más grave era: ¡estaba mi foto dentro, me la devolvió!. Me ponía: *“Blas, lo siento mucho, pero tenemos que dejar esto porque mis padres se han enterado del caso”*.

Luego salió que era el padre el que me escribía esto, con la letra igual igual a la de ella. Pero esto entonces no lo sabía. Y yo extrañado, no sabía que pensar. Me tuve

que disponer a ir yo a Los Collados en persona a enterarme de lo sucedido. Vi a la Juana Antonia y ella me lo explicó todo.

Me contó que no estaba ella en casa cuando vino el cartero, pero que su padre, el Ceferino y el de la María, el Bernardo, que eran vecinos, estaban sentados en la sombra de la parra del Bernardo fumando un cigarro. Al llegar el cartero dijo: *“Aquí tiene una carta, Ceferino”*. Y como la carta no tenía remite, sino solamente una pequeña cruz como consigna para que ella supiera que era mía y se la pidiera a su padre, que de todos modos no sabía leer, entonces el Ceferino la pasó al Bernardo que le dijera de quién era y que se la leyera. Y este, al abrirla dijo: *“¡Pero esta carta es para la María, con la foto del maestro dentro! Luego se la daré”*. Y se quedó con ella.

Le vino muy bien al Bernardo de enterarse de todo. Se fue a su casa y les pegó una paliza terrible a todos, desde la madre hasta el más pequeño de los siete hijos. Eso, cuando lo supe, me sentó como si me hubieran dado un tiro.

La María le había dicho a la cuñada que si venía yo a verla que me explicara todo lo que había pasado, y que ella no tenía culpa ninguna, porque su padre había sido el que había escrito la carta, y *“dile que voy con él cuando él quiera”*.

Pero yo estaba muy cabreado por lo mucho que me despreciaban, con esta reacción brutal conocida por todos, como si fuera nadie porque no tenía bienes como

ellos. Me sentía tocado en mi honor, que no me merecían como persona.

Le dije a la Juana Antonia que diga al Bernardo que la casara con quien le conviniere y que diga a la María que lo sentía tanto como ella y que la seguiría queriendo, pero que al llevarla conmigo sería un infierno interminable para las dos familias, y que era mejor, también para ella, dejarlo.

Desde Los Collados, el día 5 de junio, fui a la siega con una cuadrilla de segadores de Los Collados. Fuimos a Chinchilla, treinta días. Al venir de la siega, me fui a esquilas los dos meses de otoño.

Luego tenía que buscar otro sitio para ser maestro particular, porque los padres no podían pagar nada más que una temporada de seis meses. El mejor tiempo para ellos era de enero a junio porque después ya empezaban todas las tareas del campo. Para mí el ser maestro me gustaba más que otra cosa y además era más rentable. Pero me tuve que ocupar yo mismo de buscar el sitio.

Así, en el mes de diciembre del año 49 fui con un amigo al Campo de San Juan, y nada. A La Abejuela, y nada. Al final nos pusimos de maestro yo en Los Pradillos y él en El Peralejo. El Peralejo comprendía El Molino, La Máquina, El Niño Sánchez, El Terrero y La Fuente Siora. En Los Pradillos había diecisiete alumnos, y tres niños venían del Almazarán.

Me pagaban quince pesetas al mes por alumno; con los veinte alumnos cobraba yo trescientas pesetas al mes para mis aho-

rros. Estaba mantenido del dormir y comer, cada día a una casa. Me arreglaron un local para dar clase, que yo era el primer maestro, no habían tenido jamás otro.

En el primer mes de estar de maestro en Los Pradillos estaba yo sin dinero, porque había gastado mis últimos tres duros para comer en el viaje de Yeste al Campo San Juan y de allí a La Abejuela, y de allí a Los Pradillos. Y en este viaje, todo andando, se me rompieron los calcetines por la planta, que eran de borra y no duraban nada. Pero me daba un poco de corte pedirles a los padres de los alumnos un anticipo, y quería disimular que llevaba los calcetines rotos, siendo como era el maestro respetado, entonces, para que no se viera el roto de los calcetines, me los iba metiendo poco a poco abajo, en mis alpargatas hellineras (que eran de lona con suela de cáñamo), hasta que no me quedó más que tres dedos de cana. Así tuve que aguantar hasta el final del mes de enero. Cuando me pagaron mis trescientas pesetas, subí al pueblo y me compré calcetines nuevos en Casa del Sabio, y me los puse y encontré gran alivio.

Estando en Los Pradillos, subía al cine todos los domingos. El cine estaba instalado en donde antes estaba el castillo árabe que lo habían derrumbado. Un día me encontré con el padre de unos alumnos que tuve en Sorbas, José el Campesino, que ahora vivía en La Era del Rosal. “Maestro, ¿qué hace usted aquí?” dijo. “En Los

Pradillos estoy de maestro”, le contesté. “*Se tiene usted que subir aquí, porque en La Era del Rosal no tenemos maestro.*” Me contó que el maestro que tenían en Letur no podía con todos los alumnos que había en el pueblo.

Me estuve siete meses en La Era del Rosal, en el año 1951. Vi que no había zapatero en Letur, y me establecí de zapatero al año siguiente de estar de maestro. Esa idea me vino de cuando vivía en Yeste con mi abuelo. Entonces tenía amistad con el carcelero de la cárcel del castillo de Yeste, ese era zapatero remendón y tenía allí su zapatería. Me enseñó él un poco, y el res-

to lo aprendí practicando. Así me hice zapatero. Pero todavía estando de zapatero seguía dando clases a mayores que acudían a la zapatería para aprender a leer y escribir y las cuatro reglas.

El sistema ese de maestros itinerantes se terminó por el 65. Entonces se instalaron en las aldeas colegios públicos del Estado, con sus maestros con título. Muchas veces había una sola clase para todas las edades, con un solo maestro. Por ejemplo, para La Dehesa construyeron un colegio en Las Casas, este servía para El Collado, Casicas, Casas del Pino y cortijos. ¡Mejor esto que nada!

Blas Molina



LA MADALENA

Para la casa tenían los Rodríguez dos criadas, una la Teresa, para amasar y cocinar, y la otra, la Madalena, que era profinca y también dormía en la casa, para limpiar, lavar, barrer y hacer todos los mandaos. Así pasó toda su vida, no se puso novia ni tuvo pretendientes.

Cuando yo era niña, por el año 25, la Madalena ya era mayor. Siempre iba vestida como las mayores, con falda y blusa o bata, todo de negro. No era muy alta, ni gorda, trabajadora sí.

La Madalena iba a lavar los trapos al arroyo. No existía todavía el lavadero, y agua no tenían en la casa. Entonces tenía la gente losas de madera, bajaba con su losa y su pozal o canasta llena de ropa sucia, para lavarla al arroyo.

La Madalena traía agua en cántaros del pilar de la plaza, a casa. Entonces había un pilar de piedra debajo del castillo.

No creo que le dieran un sueldo. Lo que necesitaba, se lo compraban. No entendía ella nada de números, y cajas de ahorro no había. Sus padres eran gente pobre y contentos de ponerla a servir para que esté vestida y comida.

Era muy ignorante, no tenía muchas luces, pero era buena persona. Cuando le pregunté: “¿Te vas a ir de aquí?”, contestó “Cualo quiera Don Pedro”. Era muy obediente, conforme a lo que le dijera su amo.

“

Siempre iba vestida como las mayores, con falda y blusa o bata, todo de negro. No era muy alta, ni gorda, trabajadora sí.

”

Los amos poco a poco se fueron muriendo, hasta que quedaron Don Pedro y ella solos. Entonces, como era muy mayor ella, una tarde de invierno que hacía mucho frío, puso los pies encima de las ascuas de la lumbre y se le tostaron las plantas de los pies que no había cura. Don Pedro, también mayor, la llevó a Hellín directamente al asilo, y no se la vio más en Letur.

Los Rodríguez le habían dado a ella de herencia una casa con un huerto allí abajo en la calle Atún. Vinieron los del

asilo y vendieron la casa y el huerto para los gastos del asilo.

Sagrario



LOS CÁRABOS

Los cárabos es cicha (desdicha) a manta, era una lástima. Había casas donde por la misma cocina entraban los animales, vacas y burros para ir a sus cuadras, y también gallinas que las soltaban en la calle y las llamaban para encerrarlas por la noche.

Por ejemplo, al entrar en una casa estaba la lumbre en una esquina y en la otra esquina una cama para los padres, y debajo de la cama tenían las cosas de comer, como patatas, y también la cal para enjalbegar.

Las familias solían tener mucha gente: los padres, los abuelos, cinco a siete hijos, bebés que iban naciendo cada año o dos, y quedando todos en la misma casa que no se podía ampliar, porque no había dinero ni espacio. Las casas estaban colgadas encima del peñasco y pegadas una a la otra como “piojos en costura”. Para dormir, de noche se extendían los colchones en el suelo y se apilaban de día para poder pasar. Algunos dormían en silla. Tenían que sacar los somieres y los colchones a la calle para matar los chinches: echaban agua hirviendo en los somieres, salían los bi-

chos y los chafaban en el suelo. Los colchones también los ponían a orear al sol. Eran de perfolla o de paja de arroz o de borra. Para el verano tiraban la perfolla y borra y toda la mierda de los colchones, y los llenaban otra vez.

Una vez se fue una madre a lavar al lavadero, y cuando volvió a casa, su cribo pequeño había caído de la cama en la cal viva que guardaban debajo de la cama. Hay que imaginarse el susto de la madre al ver a su niño todo blanco de cal y llorando. Si la cal cae en los ojos, se queda uno ciego. Pero gracias a Dios lo salvaron.

En algunas de estas casas el humo salía por la puerta de la calle que la tenían que dejar abierta. Porque el humero que estaba hecho de adobe y no de ladrillos, se rompía a consecuencia de las tormentas y la lluvia que deshacía el barro, y la gente no tenía suministro para repararlo. “*La cicha acude donde hay cicha*”.

Tú no te imaginas la mierda que había en esta calle. Si nosotros ahora viviésemos allí habíamos muerto de una infección. Pero la gente de entonces, ¿no sé como podrían sobrevivir!



La calle Los Cárabos en 1989

Ropa para vestirse tenían muy poca, no se la podían comprar. Había personas que

a la noche lavaban el hato y se tendía en la lumbre para otro día ponérselo.

Letur, febrero 1999

Ascensión



CÓMO PERDÍ MI INOCENCIA

A los cinco o seis años perdí mi inocencia. La perdí con el recovero de La Abejuela. Era buen mozo y además una buena persona.

A los mayores contaba cosas que pasaban en otros cortijos; era una especie de periódico. Era cariñoso con los niños, nos daba caramelos, o una naranja si llevaba para vender. Iba con un burro cargado de alimentación, naranjas y lo que le habían pedido, por ejemplo, calzado, todo esto en sus corbos, y un fardo de telas encima. Él mismo iba andando. Lo llamabamos el Pañero.

Cada semana, un día, solía pasar por nuestros cortijos de Los Pradillos. Llegaba a mi casa sobre el mediodía, descargaba en nuestro portal que estaba cubierto y era ancho y siempre limpio, y extendía sus artículos en el suelo. Luego nos mandaba a avisar a los otros vecinos.

Un día, entre las mercancías, llevaba una caja de tabletas de chocolate con premio, sin empezar, y otra caja con los premios que tenían que salir de la envoltura de las pastillas. Entre los premios era el mejor una plancha eléctrica. Sólo habíamos visto las planchas negras de carbón,

y aquella era brillante y tan limpia, y además sólo había que enchufarla a la luz para que funcionara. Estaba yo boquiabierto ante ese invento.

Mi madre estaba haciendo su compra y yo empecé a insistirle que comprara un chocolate. Al final me puse tan pesada que el recovero destapó la caja y mi madre, resignada, dijo: “*coge una*”, y la pagó. Y ¡mira por donde atiné a coger la de la plancha!. Yo que nunca había tenido Reyes ni regalos de cumpleaños y de Santo, ¡como estaba de contenta!

Pero me duró poco. Yo pensaba decirselo a todas las vecinas cuando llegaran a comprar, pero el recovero le dijo a mi madre: “*Juana, tienes que hacerme un favor. Tienes que dejarme la plancha hasta que venda el chocolate, porque sin este premio no lo vendo*”. Y mi madre dijo: “*bueno*”. Yo no quería dejar la plancha, porque ya era mía. Pero mi madre me dijo: “*sí que es tuya. Pero déjasela al Pañero y cuando pase de vuelta del Almazarán te la deja. Pero no digas nada a nadie*”.

Llegaban las vecinas, compraban chocolate y decían; “*Ay, a mí dame otra a ver*



Un cortijo en Los Pradillos, donde vivía Práxedes

si me sale la plancha". Y yo tenía que callar y pensaba: *"aunque compres la caja entera, no te va a salir, porque os estamos engañando"*. Mi alegría de ganar la plancha se transformó en un conflicto. No sabía que pensar de tan buenas personas como eran mi madre y ese señor, que esta-

ban ocultando la verdad y obligándome a callar. Yo lo veía mal, pero comprendía que tenía que ser así, para que no saliera el recovero perjudicado. Pero también veía que otro día podíamos ser engañados nosotros. ¿De quién me podía fiar yo?

Así, aquel día perdí mi inocencia de niña.

Letur, noviembre 1998

Práxedes



PERSONAS QUE HAN COLABORADO CON SUS VIVENCIAS

NOMBRE	APELLIDOS	APODO	AÑO NACIMIENTO
Práxedes	Muñoz Marín		1946
José	López García	<i>Chiscales</i>	1932
Valentina	Martínez	<i>Iluminada</i>	1926
Deogracias	Melgares González	<i>Julio</i>	1926
Francisco	Peña López		1948
Josefina	Peña Muñoz		1951
Remedios	Valero Rodríguez		1912
María	Sánchez Ortega	<i>La Sacristana</i>	1921
Dolores	Alcántara Beyret		1918
Aurora	Álvarez Cabeza		1931
Ascensión	Moreno Cano	<i>La Chenchá</i>	1937
Blas	Molina Gil	<i>El Zapatero</i>	1922
Sagrario	Tomás Valero		1915



Este número 36 de la revista Zahora, dedicado a Letur,
se acabó de imprimir en el mes de agosto de 2001
en los talleres de la Imprenta Provincial